

nunca **7** nunca

María Paz Levinson

0²

*acabo de bajar de la montaña
estábamos en un inmenso helado
de crema y chocolate
rico*

Caro piano

0³

Caireles bajo agua
perfección de pianos
y luz topacio en el fondo

piano y agua,
árboles y lago
cuerdas que reciben el agua
como rocío inusual
y como flores cantan
propagando ondas acuosas
como el mensaje de las ranas
mensajes silenciosos para venas de sangre
tibia

*a la tarde llenó con agua el piano de cola
cargó balde por balde
con agua fría de la bañera*

perfección de los pianos
(naves negras hundidas)
mejor si están en un living
mejor si es oscuro y piso de madera
lámpara y espejo sobre el piano
una partitura encerrada en un cuadro

*se soltó el pelo
se puso su vestido azul
los brazos se iluminaron*

piano de padre
de un padre dedicado
(músico frustrado)

*ella puso música
la eligió con cuidado*

un juego de ajedrez inmóvil

*caminó por las teclas
abrió sus piernas para liberar de su sexo
mariposas, libélulas de lago y gusanos
hizo música no pensada
improvisó una imagen con olor a pasto y
barro*

los dedos de los pies sufrieron conciencia

*un cuerpo sobre el piano
un cuerpo no papel
no árbol*

mejor si la hija tiene párpados claros e ideas
oscuras
mejor si piensa en peces de colores

vibración de masa acuosa
efecto poco cotidiano de cuerdas
caprichosas pero acostumbradas
olas chiquitas silbando canciones sin sentido

baile final de sonata de época
ataúd de sirenas que no son al final sirenas,
sino aves
estatua de cristal en el fondo del lago
féretro musical

*se acostó sobre las cuerdas
hundió su cabeza despacio en el interior del
piano*

*pensó otra vez en los peces de colores
y en el jardín desierto de la tarde,
sus manos mojadas tocaron las cuerdas mojadas
la música mojada no se alteró*

los pianos son perfectos
como su forma y sonido lo indican
después de la lluvia
nada cambia

sólo tormentas

*ella escuchó esa música
ella escuchó su risa de rana*

se acordó de los veranos en la estancia de su abuela
se acordó del tanque australiano celeste
los niños se daban besos bajo el agua
para que nadie los viera
a veces entraban sapos en el tanque
y los niños salían corriendo.
Una vez una tía le sacó una foto bajo el agua,
su pelo flotaba:
era una nena-sirena.

En el piano su pelo también flotaba. *Caro piano.
Cuando el primer movimiento terminó
dejó caer la tapa inmensa y brillante.
El interior ahora estaba más oscuro
pero el sonido continuaba.
No dejó de escucharse.*

Lo único terrible es el padre:
que tocó su sonata diaria antes de acostarse
y no notó algo extraño.

Los pianos son perfectos.

El cocinero torpe

María Paz Levinson

flores diente de león en almíbar
o vino del estío
hojas de salvia escondidas entre las comidas
entre los platos
de color
salmón
luz
de caléndulas

vino

noche con luces en el cielo
luces que se ven pequeñas
pero no

lago

podría congelarse
uno de estos
días

luz

candel
péndulos

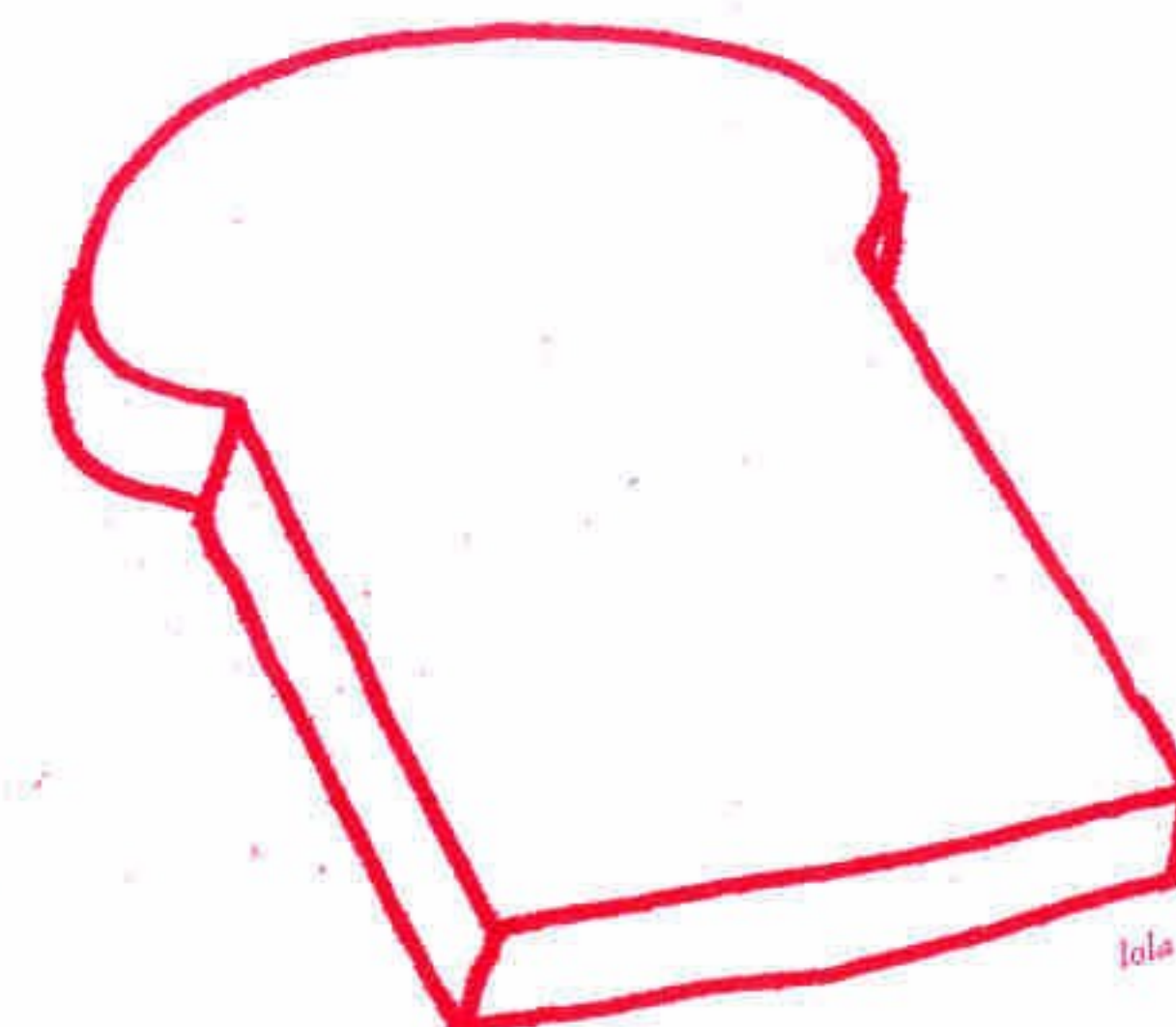
era la sombra
que cubría
la persona
es por eso
que nadie la veía
pobre nadie

pobre

la sombra
la perseguía
probar

pétalos
de **rosa**
azucarados
tal
vez
ser
por una vez
un insecto
inextinguible
y al mismo tiempo
efímero
como los cuadros
comestibles
como la composición
de los colores
de la comida
tragar
saborear primero

se ve una luz
un túnel de pinos
agua
peces
caireles azules
cristales
en el fondo
del plato
el fondo
blanco
con el rastro de los colores



el agua
 borra
 pero no duele
 bebidas
 con burbujas
 como mensajes
 de frutos
 un jardín
 de delicias
 frambuesas gigantes
 los hombres sobre ellas
 abrazando frutillas
 y uvas
 en el jardín
 hay una mujer y un hombre
 dentro de una bola transparente
 no se miran
 están juntos
 en el jardín

pero en su mundo
 el cristal
 que los separa
 una línea dibujada
 que es un muro
 comer alas
 quizá sirva
 para poder salir
 ella dijo
 con tal de volar
 me subo a un pájaro
 dijo
 no soporto la tierra
 la presión del aire sobre mis hombros
 dijo
 voy volando
 una línea directa dibujada en el cielo
 hoy celeste

Blume^(II)

nube de polen
 al sol
 con aire
 luz
 los tulipanes abren
 su cuerpo
 carnoso
 rojo
 en el centro
 Aracné
 asusta las niñas del jardín

mandaba en las cartas
 flores celestes
 que murmuraban
 no-me-olvides
 en el encabezado

luz

polen volando

pasto
 recién cortado

él dijo
 "sudan su propio glam"
 mirándolas
 riéndose
 besándolas

amancays

asoman
 bebidas
 maceradas
 con pimienta rosa
 y miel

licor
 néctar
 vino

pelotitas de pimienta
 como pensamientos
 flotando

calor
 en la boca
 esperando más

frasquitos con mensajes
 de colores

tinta sepia
 o
 iris marino

luz

arañas con
 patas de pistilos negros

miran al cielo
 el sol
 sus semillas



se desplazan
dentro de la nube

al trasluz

el fondo
verde del lago
tiene rocas
de terciopelo
todavía más verde

gemas inmensas
mojadas

en hilachas
de cangrejos
pequeños

el polvo
acuoso
del fondo frío
también flota

láminas de hielo
resbalan
desaparecen
abajo

michays

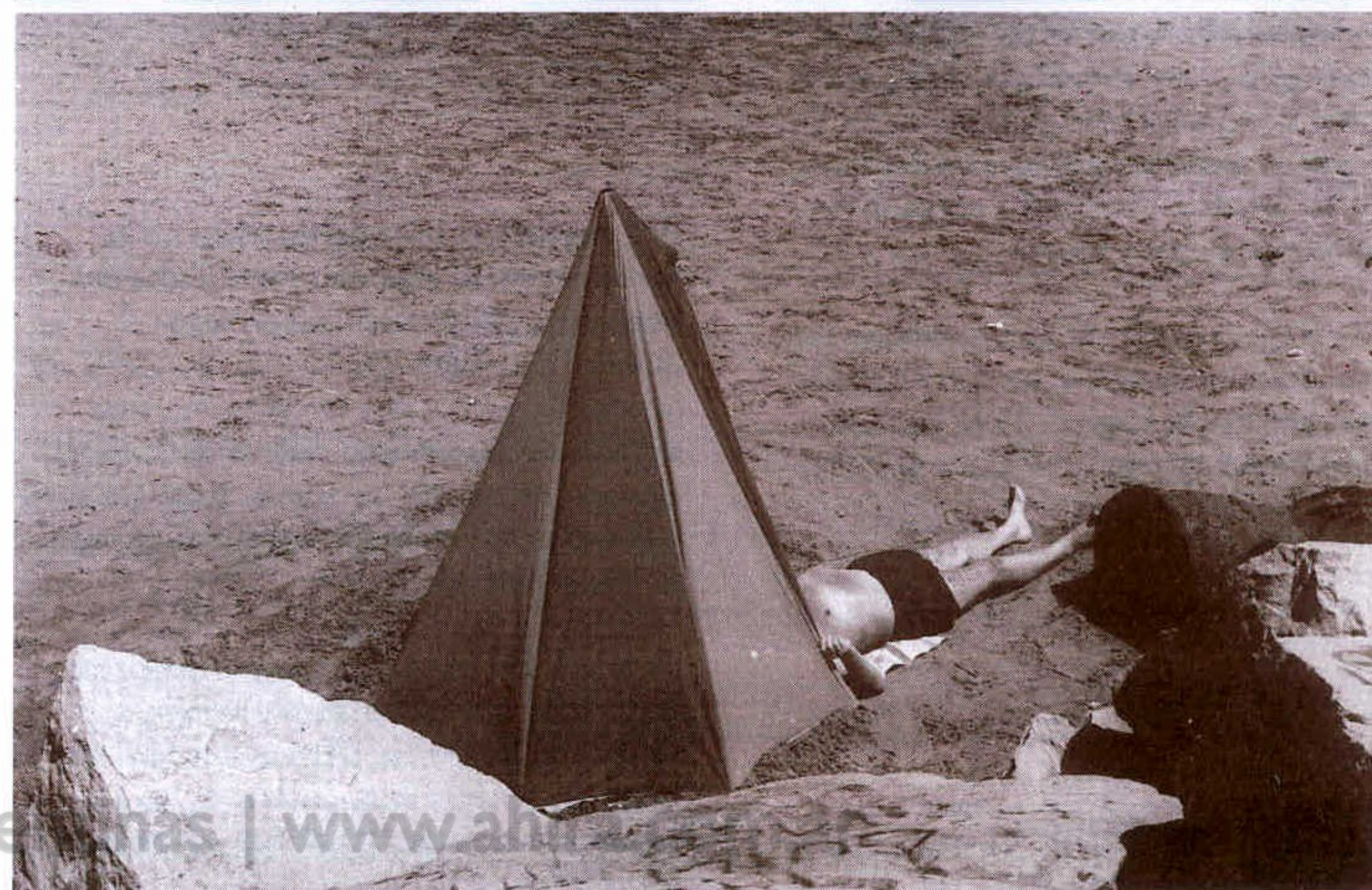
su piel
plegaría
al sol

abrazando el suelo
dijo
“naturaleza, naturaleza,
llévame!”

el miriñaque
contra el pasto
la llanura húmeda
con viento

una tormenta
se acerca
ella esconde la cara
diciendo

“He dado con mi compañero.
Es el campo.
Soy la novia de la naturaleza.”



Un amor de verano

Mi mente se ha ido convertida en trapos de color gris a vagar como una gaviota bajo un mar que de tan transparente produce risa. Mis manos escriben solas la tela de palabras incandescentes y amo pero tengo un miedo enorme de amar.

Soñé con los árboles gigantes que vimos en tu propiedad, y tontísima disfruté la caída de una estrella fugaz en ese sueño. Roja, anaranjada, muy encendida, muy grande como una pelota encendida y pesada. Yo no sé por qué tuve ese sueño. Los dos en la pileta, helados, y la estrella cayendo para confirmar nuestro amor.

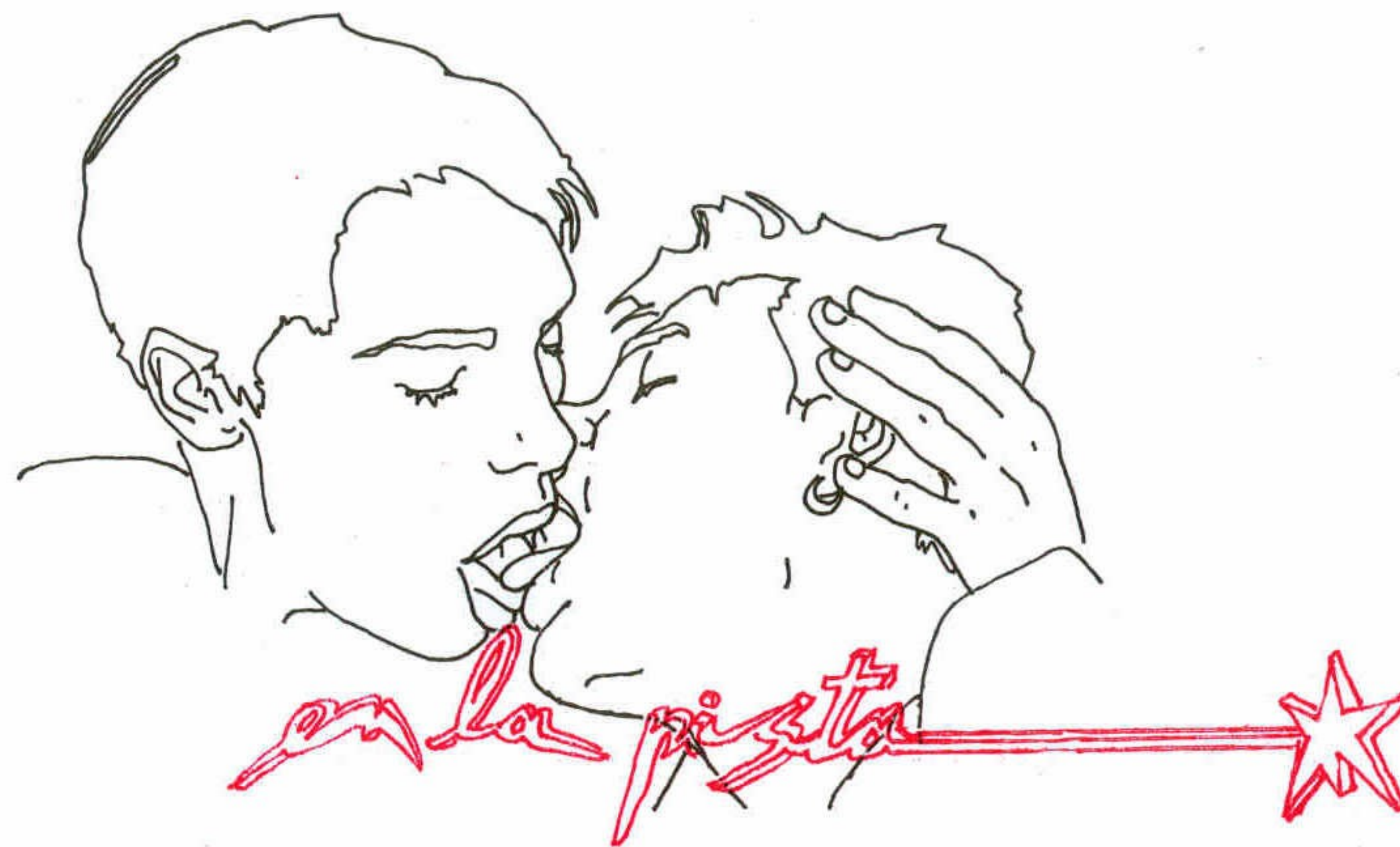
Ya no tengo miedo de esos bandidos que nos asaltarán cuando tomemos el camino para volver a la Capital. Te lo juro. No tengo miedo ni siquiera de que nos violen.

Fuimos al supermercado a comprar verduras en malla. Yo llevé una bikini marrón que parecía de cartón. La desnudez sobre nuestros hombros. Desnuda por el mundo. Desnuda y callejera. Siempre. Esos serán de ahora en más mis principios bíblicos. Lo escribiré en letras de oro. Lo escribiré en una tipografía especial:

Desnuda y Callejera

Los empleados del supermercado no lo podían creer. El rubor en sus miradas me ilusionaba. ¡Estábamos dando amor al mundo! Eso sentí: que nuestra desnudez era caricias para los niños vestidos. Fue una experiencia maravillosa, bajo el aire acondicionado, en ese día torrencial. Todo gracias a que estábamos en la provincia, donde todo es más primitivo.

Creo que los amores de verano vienen en barcó para ayudar a nuestros amigos a superar la desilusión. Creo que es fácil que luego de amarnos entre nosotros, los árboles empiecen a amarnos y nos den sus hojas más verdes.



Tuc
Tcc
Moo
Tuc
Tcc
Moo
Tuc
Tcc
Moo

Así los conocimos mi amiga y yo cuando llegamos a la isla. Nos bajamos del bote con la gente de la tribu y ella corrió a esconderse detrás de unas hojas carnosas e inmensas. Me sorprendió y sentí temor, como siempre que se muestra segura y decidida. Me llamaba para que me escondiera con ella y entonces me di cuenta de que no los había visto, bajando de no sé qué sitio de la isla hacia el mar. Eran los Mo. Unos mamíferos hermosos de los que nos habían hablado en el continente. La gente de la tribu ya no se escuchaba. Estábamos solas. Me escondí yo también y dejamos que el espectáculo de los Mo transcurriera.

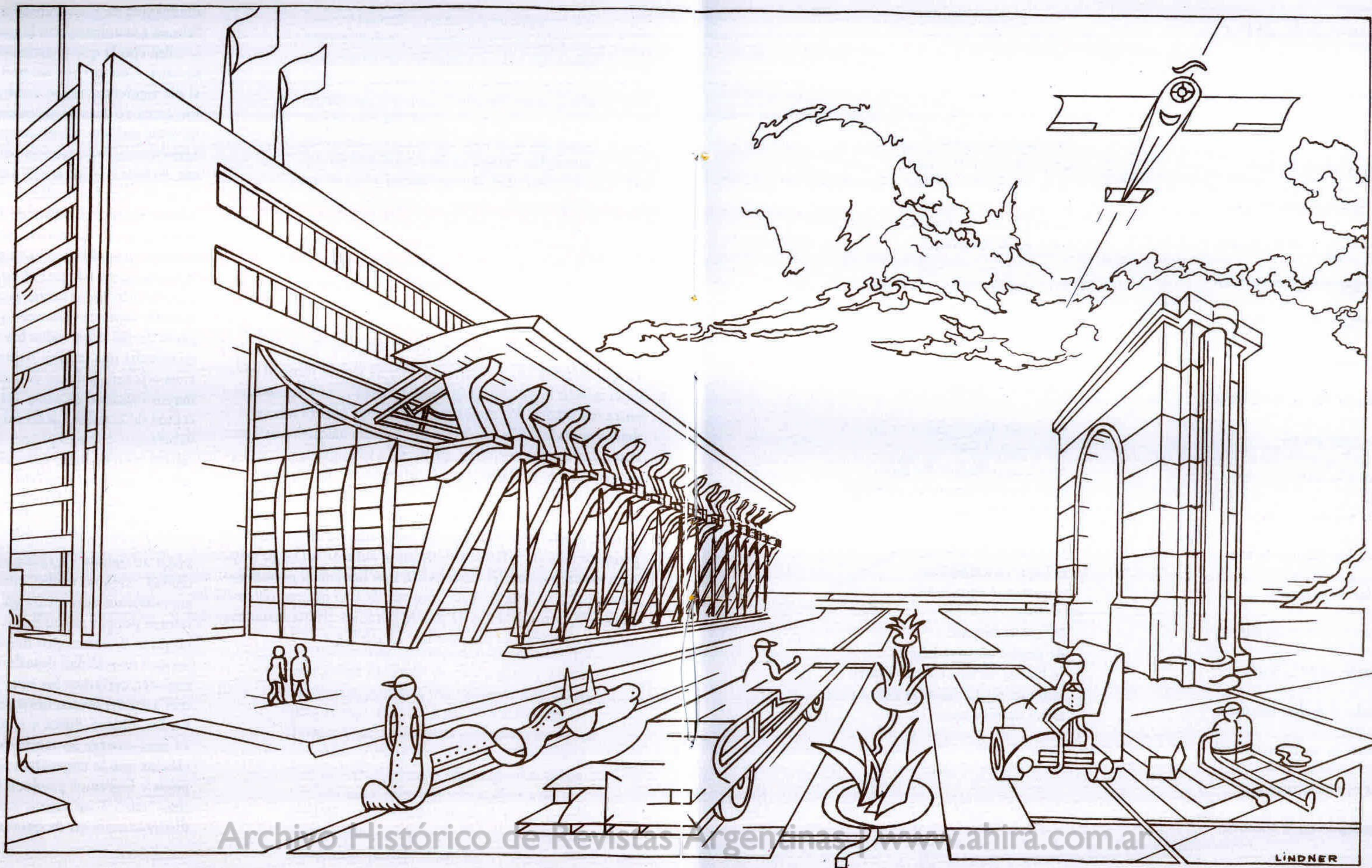
Tuc
Tcc
Moo
Tuc
Tcc
Moo

Partí el tallo de una hoja y su interior era blanco, baboso y espumoso y un olor alimonado me invitaba a probar. Mi amiga me miró con sus ojos severos, su cara pálida, —ahora no, me dijo. Y ella misma despedía una fragancia a limón. Los mo avanzaban graciosamente gorditos por la arena mientras disfrutábamos de la pureza del atardecer. Porque hubiéramos podido estar, en cambio, eufóricas e intentar romper el paisaje cristalino como si fuese un espejo. Pero no. Un mo entró al agua y el resto se detuvo. Parecían observar al que se alejaba. Todos emitían el mismo sonido y repetían un corto y agudo “mo”. Los pelos del mo más próximo a nosotras comenzaron a pararse y henchirse de un líquido transparente, convirtiendo el pelaje finalmente en una especie de anémona de protuberancias, más gordas y más acuosas. Los pelos empezaron a dar vueltas alrededor del mo, a trasladarse, en definitiva, por todo el cuerpo del animal y crecían, hasta que alcanzaron más o menos tres metros. El mo, debajo de esos pelos extraños, tenía un color amarroñado y verdoso y parecía asustado. Como si en verdad su naturaleza lo obligara a sufrir esa transformación sin entenderla del todo. Algo necesario pero ajeno a él. Los pelos volvieron a pararse como lanzas y no dejaban de girar, ahora en círculo, y siempre extendiéndose duramente hacia el cielo. El aire se fue llenando de olor a pino y a limón. A veces más suave, más picante, más dulce, más cítrico, más amargo, más asfixiante. Nunca había visto nada que girara en forma tan veloz y silenciosa. Un silencio carnoso que detuvo el paisaje. Hasta que los pelos explotaron y mientras regresaban a su tamaño y color negro normal, el mo cavaba furiosamente un hoyo en la arena. Sus compañeros se tiraron al agua.

El que se había ido primero volvió y se acostó junto al otro en el mismo hoyo. Mi amiga corrió hasta ellos y tomó uno entre sus manos. Yo nunca hubiera hecho eso. El mo se dejaba acariciar. Ella lo observaba, como cualquiera de las cosas que siempre observa, de manera inteligente y esquivando su brillante y profunda tristeza. En ningún momento insinuó que yo también acariciara al mo, porque ella cree que cada uno debe sostener o resolver su temor. Arranqué una hoja y la arrastré hasta ella. Le ofrecí un pedacito de tallo y las dos mordimos durante un largo rato. Aún no sabíamos si el espectáculo que habíamos presenciado era parte de una actitud amorosa, de una marcación de territorio, demostración de poder, pero, en última instancia, no muy conveniente para habitar en ese lugar.

Estábamos un poco cansadas y fuimos a reunirnos con la gente de la tribu con la que pasaríamos una semana. Cuando nos despertamos, al día siguiente, vimos unos cuantos mo cerca de nuestra carpa comiendo unas ramitas. Creemos que son herbívoros. Todo parecía bello y esa mañana corrimos a la playa a sacar fotos de las huellas de los mo. Vimos algunos hombres de la tribu que gritaban enloquecidamente mientras uno de ellos hacía girar un mo ensangrentado por el aire agarrándolo de las largas protuberancias. Supimos entonces que la gente de esa tribu todos los años sacrificaba una madre. Aquella que, vieja o joven, hubiese violado mayor cantidad de veces los preceptos de la tribu. La enterraban habiéndole cortado primero la cabeza y en su lugar colocaban un mo que mataban justo un momento antes de que le estallaran las protuberancias.

Hace un tiempo regresamos a la ciudad. Algunas tardes, cuando nos encontramos con mi amiga, y nos reímos porque no pudimos ver ninguno de los monos dorados, a los que en realidad deseábamos conocer, cerramos los ojos y mientras a mí me crecen unos pelos verdes, filosos, duros y sonoros de su sexo emerge un ramillete de tentáculos que se enganchan a mis pelos y logramos producir un infinito “mo”. Y así vamos inventando distintas maneras de querernos.



Laura Lobov

Cada animal tiene
su propio olor, el tuyo
es el de dos personas que
se encuentran en un cuarto,
en un ascensor y envuelven
un pedazo de silencio
en un papel muy chico.
Un perro que se acerca trae
en los ojos peces.
Te lame la mano
por la palma, por la parte
donde los dibujos se van
a volar en tu brazo.
Y empuja el hocico tibio y
tu sueño el de la noche
cuando el vecino encendió
la luz y vi, en la oscuridad
a los monstruos todos
durmiendo en la cómoda.

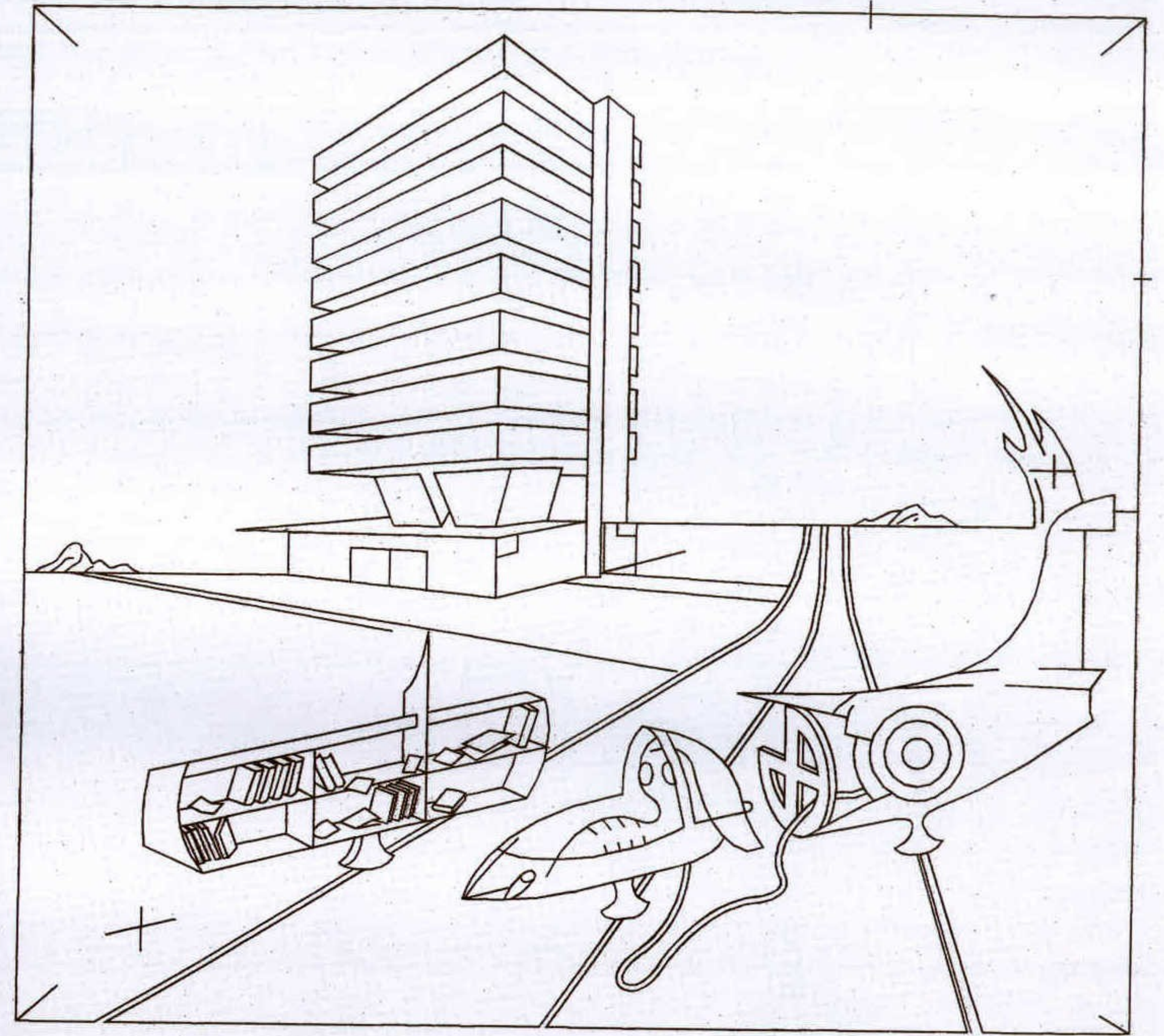
Y justo en el medio, mi hermana
lo señaló con un dedo como
un imán capaz de atraer
todo el pelo del encanto. Marcamos
los pasos con el miedo
de una tarea olvidada; la lluvia
había caído temprano.

Con un hilo tramamos el plan
de nuestra captura, una red
espesa que controla
distintos vapores. Cubrimos
con una manta el aire y el cuerpo
que se nos escapa.

Entonces descubrimos su hocico
rubio por el frío
de tantas pestañas, los ojos
repletos de formas que cuidaban
la casa afiebrada.

Las cuatro lo sabemos ya
el lugar se multiplica
mientras el agua cae.

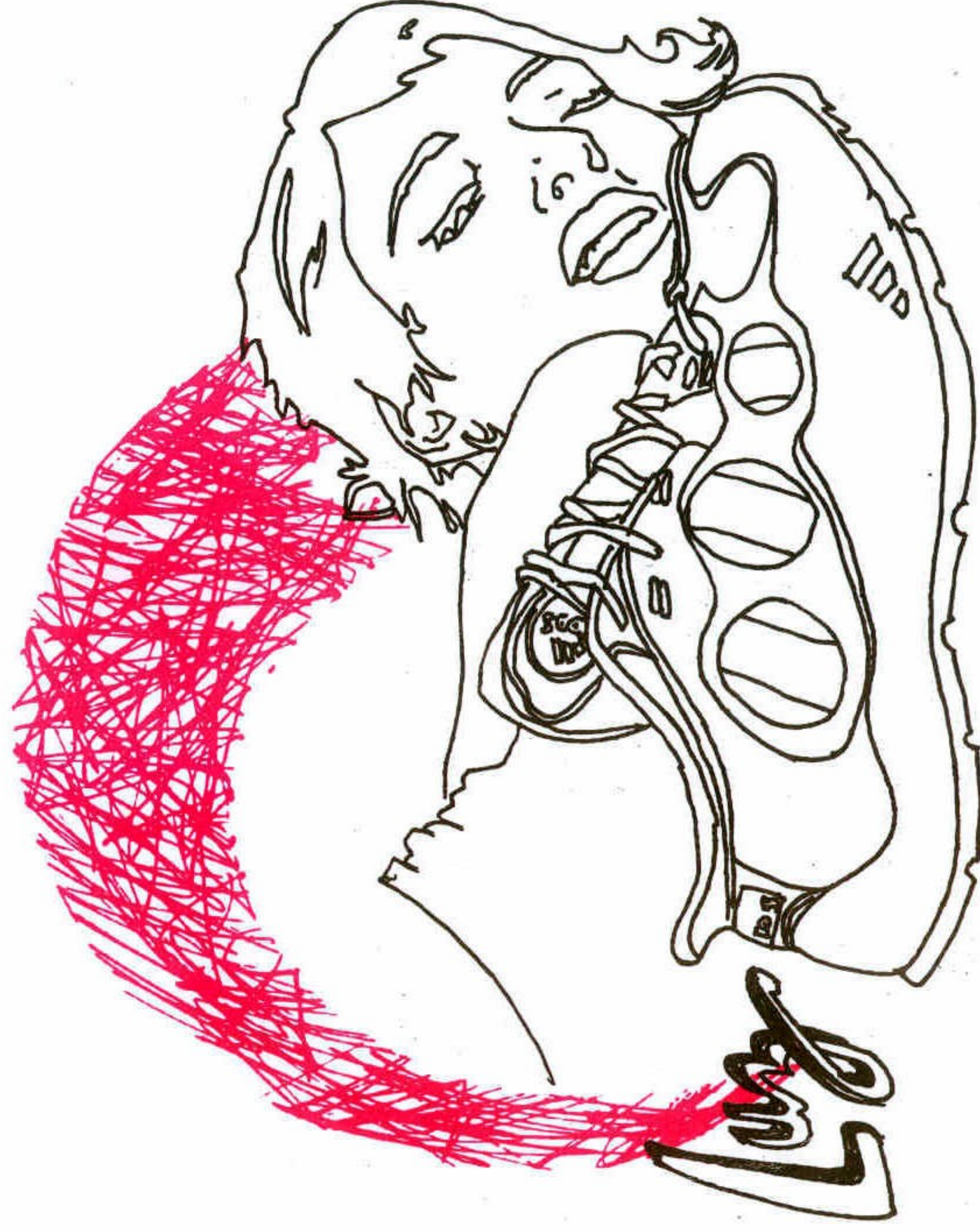
Yo también traté
de perder el color hacia
lo blanco de esta calma. Tanteo
con mis manos heladas cada punto
de su movimiento.



Griselda García

Polinízame susurrante ave de la noche, somos hijos de largos viajes
Por océanos profundos,
Con peces de diamante.
Duerme, duerme desnudo en hotel de pasajeros
Con botellas rotas en los pasillos,
Y besos en el cuello de comadronas contentas.
Bebemos vino de amapolas,
El polen riega miriadas de sonrisas sangrantes
Debo cerrar los ojos.
La euforia inicial ha dado paso a esta suave dispersión de la memoria,
A este mar de calma superficial
Y animales peligrosos debajo.
Sello los huecos de mi bote con cera tibia
Arañamos la fruta pero nunca la mordemos
Un movimiento en falso te hace retroceder terreno enseguida
Y avanzo sin dudarlo.
Por fin volvemos a movernos, pero después de un rato
Descubro que todos mis aparatos de medir están rotos.
La intuición guiará almas en vastas extensiones de agua salada.

Millares de gotas. Humo en el cuerpo
y pelotas en el estómago.
Algo me ha quitado la ansiedad.
Nena, te necesito esta noche
para hacerte picadillo frente a mis amigos.
Él me muestra su lado de terciopelo.
Él despeja las nubes para permitirme
ver el cuarto creciente.
Todo se inyecta en plateado.
Tres, dos, uno, cero.
Despegamos con la boca seca.
Progresión de acordes siempre demasiado graves.
La alarma de bombardeos me llega con su doppler fatal,
atravesando campos de algodón.
Fotografías de edificios en ruinas,
niñas con medias can-can,
uvas avinagradas.
Alégrate, él ha vuelto a casa.
Sal de tu escondrijo, comadreja.
Adormecida y brillante, bañada en estaño fundido,
estornudo y salen chispas.
Se me sale el relleno por detrás de la nuca,
me estoy descosiendo.
Alguien se corta un brazo en el ascensor
y todos nos asustamos.
Mis orejas ven, tengo ojos en todas partes.
Mientras hablamos, nuestros cabellos se llenan de canas.



Analía Laura Norak

Cogote de damajuana

El tipo vino
y se prendió de la manguera de súper
como si fuera el cogote de una damajuana.
Los ojos le saltaron de las órbitas
y empezaron a rebotar en el piso de la playa,
unos pibes que pasaban
corrieron y aplastaron uno
como si fuera una bombita de agua,
yo corrí y le arranqué la manguera,
el tipo prendió un carusita
y se lo metió en la boca,
“POR LOS TRES MILLONES DE DESOCUPADOS” gritó
antes de reventar como un sapo.
Maldito bonzo
esta mañana el trompa me dijo
que me va a descontar los 13 mangos
que se tragó el boludo ese.



klopman

Tony

Decime Tony qué será de nuestro presente,
yo todas las noche aquí entre robots insaciables
y vos por allí, haciendo de las tuyas,
cuándo me voy a poner ese vestidito rosa
que nunca me regalaste
y bailar juntos hasta la madrugada,
decime, cuándo nos tiraremos juntos en una playa
que no tenga cemento ni huela a nafta adulterada,
no te quedes callado,
no me mires con esa cara de “yo no fui”
hablá ahora o callá para siempre...
y él se levantó, me dió la espalda
caminó unos pasos hacia fuera
se sacudió las orejas
y se echó a dormir al lado del surtidor.

Cayendo por un tubo

Llegó en un inmenso auto blanco.
Él era un bello animal azul,
ojos azules, saco y pantalón azules
y sangre azul,
yo no podía caminar
así que me deslicé hacia él
como cuando una cae por un tubo.
Se bajó y me dijo:
—échale 5 pesos de común, piba—
después dijo algo sobre “trabajo de hombres”
y agregó “hasta a despachar nafta se han metido...”,
y al fin se fue el mugriento,
en su destartalado
y miserable casajo.

*el **tilo** vive lentamente
...a los sueños*

Gabriela Bejerman



el **tilo** es muy verde y perfecto
su estar siendo vegetal
es en sí una flor también verde
cómo entiende la profusión
haciéndola, creando profusión por vez primera
eternamente

yo voy caminando por la luz
de la vereda celeste
veo su amplia horma
de follaje en crecimiento
algo es elástico y se endurece
la fresca erección de las hojas
nacen del tallo elevadas
luego, en el otoño
sonarán irisadas de brisa
ahora dan carne al aire del viento
dulce, blanca, verde carne verde

al pasar bajo su umbrella
es como si me cantara una canción
la de la nota fa, que me cuesta cantar
sonaba en mí tanto como en todo
el cielo clavaba en las mejillas del árbol
rutilante sol rayado, luz color rojo

ya el tono vuelve a la vereda,
el **tilo** ha pasado
ahora vuela mi vestido
y las baldosas
me llevan a ver
el balcón de enamorados

frente a mi ventana
crece un **tilo**
que vive lentamente
trae el tiempo de lo verde
puede crecer y lo está haciendo
recuerdo...

cuando los bulbitos
comenzaron a estallar
había tormenta
los tubos de agua gris
saltando
en los charcos de sí mismos
ahora tan profuso

el tiempo de las plantas

el tiempo de un árbol
como nuestro **tilo**

el tiempo

del **tilo**
cómo el ser humano podría
escribir su progresión?

jamás nuestras representaciones
del tiempo
podrían
ser tiempo vegetal

me repliego
empanadas hago con las palabritas
con las que intento
dominar la mente
o ella
lo logra conmigo

más repulgues,
que se cierren mis compuertas
de la humanidad
porque ahora deseo
ser vegetal
ver la experiencia del verde
haciéndome trenza en lianas
vamos
a los sueños

vamos a los hojaldres de vida
de sidra de chimpancé
de cencerro de bambi tímido
veloz como el ñandú pequeño
que viaja casi volando
al final de la bandada

ésta es la muerte del sujeto
al fin
resurrecta en el alma de natura
somos todas ella
delfines (género neutro)
color turquesa

vamos,
a los sueños...!

cristiana nunca
no quiero creer más
en el dolor
que pase y se vaya
adiós
soy feliz!

vamos,
vamos más...
todos... a los sueños...!

juntas las sombrillas
al borde del borde de la playa
un pote de cartón
de dulce de dulce de leche
mojado por la lluvia
que está cayendo
toda la arena mojada
la bikini colgada de la puerta
de madera
del hogar de vacación
la cabañita
el campamento, la carpa
estacas en la tierra
que clavé
el zumbido de millones
de desconocidos a los pies
de la carpa,
con querida amiga extraña

millones de insectos zumbadores
zumban zumban
cuando más zumban
es cuando más calor hace
a la tarde
al escribir

la carpa, la canilla pública
los demás:
el niño loco pelirrojo
que quisimos echar con un show
cantamos
bailamos
felices "amando la libertad"



pero el matrimonio se instaló
pero el hijo estaba loco
era pelirrojo y gritaba todo el día
comencé a poder enloquecer
con la locura del niño
y a no poder escribir
tanto

sin querer canté
sola
en la playa desierta
lejos
a seis kilómetros
que solía caminar
bajo el ardor de fuego de luz

aunque No vi el eclipse.

Esa noche
dicen que fue naranja,
la verdad:
yo no lo vi,
me había atascado
de buñuelitos
de alga

me dormí
del estómago
y el eclipse
pasó
por encima de mi carpa,
de mi sueño
necesario

el **tilo** habrá visto
el eclipse?

qué del **tilo**,
a bien decir?

esta verdura no neutra

los ojos de cada hoja
no "existían"
cuando el eclipse
—que gary y otros amigos
vieron en la terraza
y después los vecinos
subieron
con bebidas espumantes

bella ebriedad
ante un eclipse—

la luna fue una roca naranja
esa noche
para mí
que no pude verla

la playa,
también naranja?

entro como tomando mate
a
los sueños de un **tilo**

el **tilo** de la fuente
de la luna

tilín
tilón

una circunferencia
de naranja
se instala en el dibujo
del paraguas
del **tilo**

clavos de **tilo**
en la mesa de olor

esculturas alrededor de los árboles

criaturas débiles
al parecer
animales elásticos

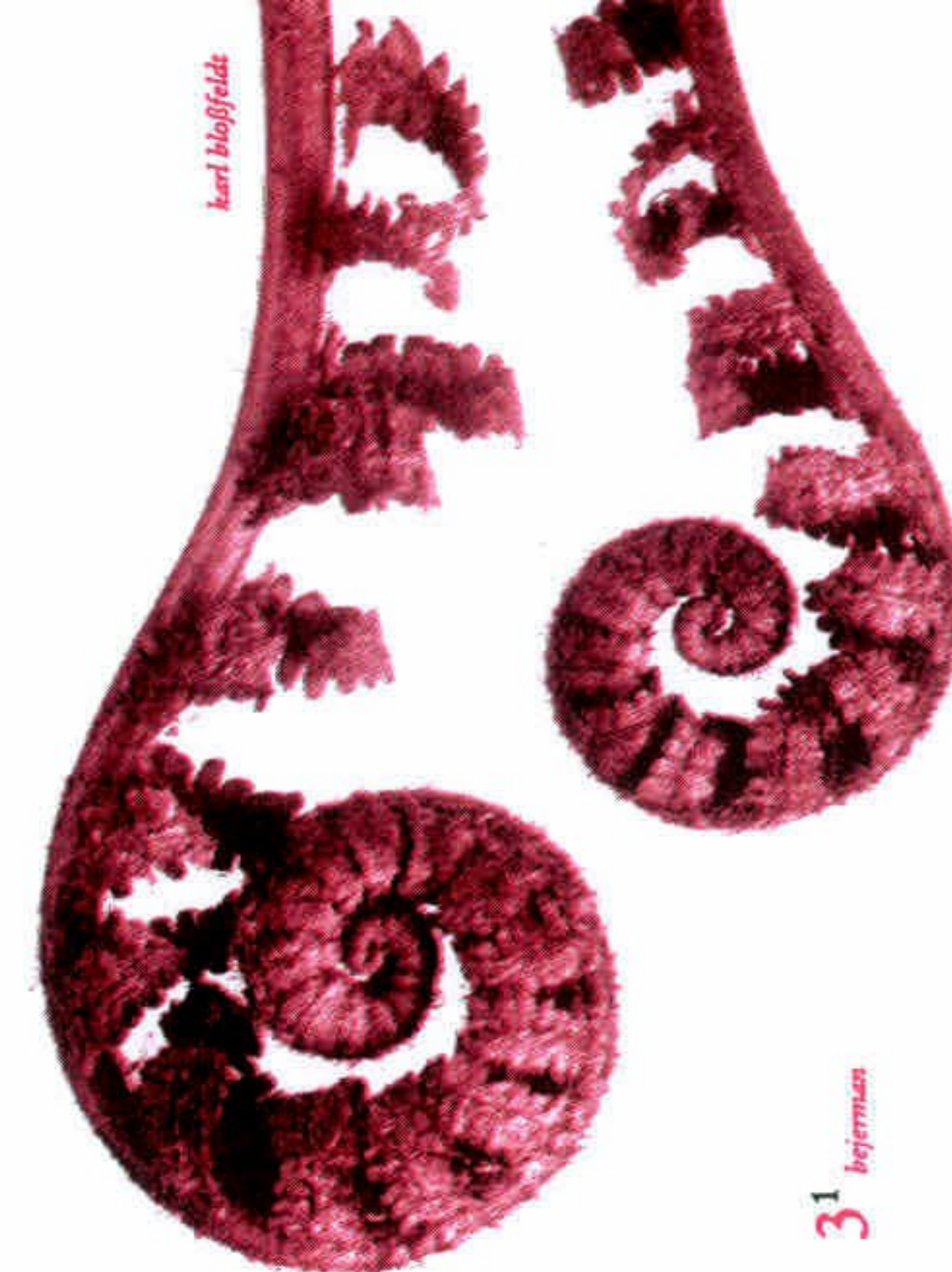
la escala de su flor
al ser así
de tierno verde
en expansión

esta noche ahora
salto por encima del **tilo**
veo una ciudad
y sus cafés
giratorios transparentes •
como bandejas para discos
donde nuestra conversación
es la música radiante
y nunca hablamos

esta noche es de día
las luces del cuarto
y las de la mente
me lo van a decir

allí donde se agita el final
como un pañuelo
junto al poblado río

en el lugar donde el muelle
termina



José Villa

DE "CORNUCOPIA"

*/las mujeres
admirables comen/ frutos
extraños con la carne/
y así la cornucopia
se construye*

Yeats

Melones

Ahora entrás a la casa (y pueden oírse los llaveros dorados). —En otra dimensión (más pura): los mimbres resueltos con barniz, el polen amarillo de los melones, la herida donde para la mujer, el perfume se huela.

Ahora vas a la cocina, te interrumpen amargos pensamientos, tocás tu cabello y tu frente —y a mediodía está el fruto vivo en una luz gaseosa. —Planos, en planos diferentes, la máscara va separándose de la lengua,... y... cuando ella lo atraviesa con el agua y la suavidad metal: el cuchillo, la lengua va saliendo de la máscara. Semillas sobre un papel mojado, las letras de un diario... Algo vacío como la hora se agita.

Frutillas

Rouge o nada. Montañas con rasgueos negros e inmensos lagos planos, de metal. Pulidas tribulaciones, pulidos recuerdos alrededor de una mesa donde giró un viento indiferente. Estaban los vidrios cerrados y parecíamos mirarnos dentro de un espejo, nítido, retrovisor. Y manchaste ese remolino insensato con tu rouge. Se posó (violentamente) sobre una cornisa, la eternidad. Con viento y aguas frías aleteó. Por un bisel. Frutillas el gusto más cruel, ácido, en la felicidad del niño, sinsabor de tu nombre, ¿qué no?, también unos ángeles.

Duraznos

Los duraznos, en este verano, no han tardado en crecer: desde un capullo verde y rugoso que en silencio se aproximaba, entre hojas, desde cierta profundidad, a estos enormes frutos que, sin madurar, ya se pudren. Lo cierto es que el verano parece que estallara y el duraznero no da más que frutos inmensos, pero verdes.

El jugo de la savia cristalina irriga las hojas, se inyecta en la fruta y le da esa clara intensidad. No es la tierra ya lo que crece, sino su néctar. De ella se desprende lo inmanente, poderoso, del cielo y tremendo y escarnado de la tierra. El cielo, si tuviéramos que comparar, lo haríamos con un fuego envolvente cuya sustancia sería ligera y cortante.

La tierra asumiría el rol de las partículas sueltas: no habría algo en ella que no fuera un hilo finísimo o un rayo. Sin embargo, la única prueba que deben atravesar los duraznos es la de permanecer, con esa imagen de rey, que dentro suyo posee una luz sibilante. En racimos. O separados. Hay un hilo que los inclina, los levanta, o los conduce hacia cualquier lugar, una playa.

Los duraznos no recuerdan nada, y nada los espera.

Manzanas

Ásperas. Crecieron en lo alto. Y lo más notable de ellas era esa dureza esencial. La flor blanca del manzano asomaba, quieta, entre rendijas, o grumo de vidrio esmerilado. Tensas, mientras iban dorándose de noche, las manzanas se desprendían. Donde podíamos ver, junto a la penumbra de los muros, rodaban con un tintineo lento, espeso.

Grumos. Luces que se inflaman, donde se pierde una línea fina de cristal. Todos esos frutos redondos cáscaras, hechos de un polvo límite con la noche. Se desprenden de ahí. Seguimos esa opaca trayectoria, seguros y despiertos. Veíamos ese velo trazante como una estrella. La memoria empezó a entrometer sus inútiles trampas. Otra vez, por el filo desnudo, la barra de luz, que quedaba en la puerta, se movía tu pie, buscando la otra orilla, el otro cuerpo.

Verano: en un papel con tinta breve. Azul. Sedosa.

Sueños y pesadillas ^{III} por DALIA ROSETTI

—Dalia, ven a mí
cuéntame un cuento,
cuéntame el final de “Sueños y pesadillas”.
¿Qué pasó con Flor?
¿Qué pasó con la directora?
¿Qué sucedió contigo?

—Querida amiga,
te contaré el final pero,
hay un secreto misterioso
que no puedo revelarte.
Espero que sepas disculparme.
Querida amiga aprovecho para contarte
que dentro de poco
tendremos la página de Dalia Rosetti por Internet
donde podremos contactarnos más y mejor.

—Gracias, Dalia. Me gustó mucho el cuento.





Sueños y pesadillas ^{III}

El castillo

El sol se escondía detrás de las colinas. A mí me dolía la cabeza y estaba confundidísima porque el reloj recién marcaba las tres de la tarde. “¿Dónde estoy? ¿Dónde estaré?” Me pregunté y mirando para todos lados me di cuenta de que estaba en un castillo muy antiguo, tal vez en un castillo medieval. Recordé que tendría que estar con la vice, María Esther, pero ella no estaba. Aparentemente el castillo estaba abandonado, había cajas llenas de papeles y restos de sábanas y yo era la única ser humana del recinto. Recordé también a Marinera y la extrañé. Luego recordé lo del novio, lo de los hijos y no la quise y llorando me puse las manos en las mejillas. Lloré bastante, mis lágrimas caían suspendidas de pequeñas telas de araña, así que la cara permanecía seca. Decidí pararme y comenzar a recorrer el lugar para ver si encontraba a alguien más en ese castillo tan infinito. Pensé “seguramente haya un salón de baile con espejos donde mirarme para ver si aún estoy con vida”. El silencio del lugar era conmovedor. Mis pies guiados por una fuerza extraña parecida al deseo comenzaron a dirigirse hacia una importante escalera que ascendía y descendía en forma de espiral. Una iba hacia arriba y la otra hacia abajo y para pasar de una a la otra era necesario saltar tomándose de una cuerda que estaba en el medio. Calculé más o menos y me di cuenta de que estaba en el

piso 12 y todavía había como diez más hacia arriba. Motivada por una inmensa curiosidad y porque para ir hacia arriba no tenía que saltar por la cuerda decidí ir hacia allí. Al subir un piso encontré apoyado en la baranda un vestido muy simple de corte a la cadera, en gabardina color verde, sin mangas, con tres tablas en la parte de adelante de la falda y una en la parte de atrás. Como tenía puesta sólo la toalla que nos había dado María Esther en los baños del cole, decidí ponérmelo. Agradecí bajando la cabeza y entrecruzando los brazos. A la toalla la guardé en un bolso tenista blanco que estaba sobre el suelo, porque me pareció muy útil llevarla conmigo, ya que si tenía que quedarme a dormir allí, me iba a servir para secarme luego de la ducha y taparme en la noche. Subí un piso más y me encontré una carta de naipes en el piso dada vuelta, y al alzarla era un dos de corazones. Me puse muy contenta y la guardé en el bolso. Subí otro piso y encontré una billetera llena de billetes escritos en un idioma antiguo que no mostraban bien las caras de sus próceres. Parecía mucho dinero pero desconocía totalmente el tipo de moneda. Agradeciendo por ella la guardé dentro del bolso y continué mi ascenso. Las habitaciones de cada piso se encontraban cerradas. Probé abrir todas las puertas, empujándolas con insistencia con el hombro pero estaban selladas por dentro.

Dos pisos más arriba encontré un juego de productos para el tocador y en el siguiente... una llave. "Esto sí que es útil" me dije y subiendo otro piso más la probé en la única puerta que había. Inmediatamente sonó una profunda campanada que hizo que la puerta se entreabiera. Tuve que ayudarla, de tan pesada y enorme que era. Así que poniéndome el bolso debajo del brazo izquierdo la empujé. Al abrirla del todo, pude contemplar un salón absolutamente gris y despojado, con mantas en el piso y sin plantas. "Oh... ¡Qué bello lugar!", me dije, y al avanzar unos pasos dentro del recinto, vi que envuelta en un rayo de luz al lado del ventanal, se encontraba Teresita del niño Jesús.

Las santas

—Hola— me dijo.
—Hola, ¿vos sos Teresita?
—Sí. —Y nos quedamos un rato mirando a través de la ventana el paisaje—. Es bello ¿no?
—Sí, es muy lindo. Ojalá pudiera ver mi vida tan linda como a este bello paisaje. —Y seguimos mirando, ahora a través del balcón porque salimos para afuera—. ¡Qué alto es este castillo!

—Sí. Tiene 22 pisos pero están casi todos abandonados porque no damos abasto a limpiarlos así que sólo habitamos el piso 21, el 22 y el segundo al que sólo vamos a buscar la comida.

—¿Vivís con alguien más?

—Sí, vivo con unas amigas Juana, Teresa, Rosa, Florencia y Clara.

Las nubes pasaban cerca de nuestras manos y yo las estiraba y podía tocarlas. Teresita me agarraba de la pollera para que no me cayera, porque mi entusiasmo me atraía hacia el abismo. Eran como copos suaves de hielo seco. Blancas, blanquísimas, todas del mismo color blanco.

—¿Por qué pasan tan cerquita las nubes?

—Porque sí.

—Me gusta mucho tocarlas. Nunca había tocado ninguna.

—A veces son un poco frías, otras vienen sucias con tierra.

Las nubes eran ovaladas y aunque suene obvio o parezca que estoy inventando, tenían forma de candados.

—No. No son candados— me dijo ella— son carteras llenas de dinero.

—¿Dinero?

—Sí.

—¿Y para qué dinero ustedes si son santas?

—El dinero es para los pobres.

—Oh...

—Pero aún está en estado gaseoso y cuando

llegue abajo tendrá forma de corazón.

A santa Teresita le gustaba que la llamen Teresita a secas. Usaba el cabello bien cortito, rapado en la nuca y en las orejas. El jopo le caía apenas rozando las cejas pero a veces le tocaba las pestañas de tan largas que eran éstas, o de tan grandes que eran sus ojos. Sus labios eran finitos como dos pedacitos de cinta bebé color rosa.

—¿No usás la cofia?

—No, no, sólo las usamos en los ritos o cuando hace mucho frío.

—Y las demás ¿dónde están?

—Están en la pileta del 22.

—Ah... ¿Sí?

—Sí, una que nos construimos el año pasado.

—¿Y podemos ir?

—Ahora no, porque las chicas están tomando un baño desnudas.

Yo me puse toda roja, me pareció tan raro...

¿Cómo serían los cuerpos de las santas?

¿Tendrían pechos grandes o pequeños?

—“¿Desnudas?” —susurré por lo bajo, con la mirada tímida zigzagueando por el piso.

—Están tomando un baño de sales y algas humectantes.

¡Qué maravilla! Las santas también eran coquetas... ¡Qué locura dulce y fresca! Sales del cielo seguramente.

—¿Querés quedarte a dormir en el castillo?

—Sí, te agradezco, porque ya es tan de noche y realmente siento que debo estar

muy lejos de mi casa.

—Estás en Europa, en Eslovenia.

—Y, ¿cómo haré para volver a Argentina?

—Para eso es la billetera que te encontraste cuando subías. Te la dejó María Esther para que vuelvas cuando quieras.

—Mirá, Teresita... La verdad es que yo no sé si quiero volver. Ayer me peleé con mi papá y hoy me encuentro muy triste. Él se enojó conmigo porque no lo dejé que nos llevara a mi ex novia y a mí al casamiento de Mariana Gosálvez y eso para él fue una ofensa que creo que ni siquiera el tiempo curará.

—El tiempo... el tiempo, pequeña Dalia, es un misterio. ¿Ves?

—Sí... ya comprendo.

—...Pero bueno, te llevo a tu celdilla, así acomodás tus cosas antes de la cena. Mañana por la tarde sale tu avión para Bs. As.

Me dio la mano y me guiaba tan bien que yo podía llevar los ojos cerrados, hasta sentía que mis pies no tocaban el piso y yo volaba. Mi tercer sueño de la vida estaba cumplido:

“Quiero como tercer sueño volar de la mano de alguien”. Llegamos a la habitación y cuando me soltó aterricé suavemente.

—¿Te gusta?

—Sí, ¡qué linda! ¡Qué linda... ¿silla?!

—Aquí dormimos en sillas, porque favorece la circulación de las piernas evitando de esta manera la várices prematuras que quedan tan mal, pero no te asustes que al acostarte se

sienten como camas infinitas de dos plazas.

Esta noche Dalia... serás feliz.

"Feliz...", pensé, "...dijo feliz, feliz, feliz, feliz", y mientras yo seguía repitiendo en mi interior esta palabra, Teresita cerró la puerta diciéndome...

—Te paso a buscar en un rato, mientras tanto podés soñar todo lo que quieras...

—Gracias, Teresita.

Me quedé sola. Por primera vez en mi vida iba a vivir sola, aunque sólo fuera por una noche. Así que decidí arreglar lo que para mí era mi primera casa. "La voy a poner bien linda". En el placard acomodé mi bolso y encontré un escobillón y una pala de cabo largo increíbles, de una calidad que yo nunca había visto. "¡Qué más puedo pedir!" Eso era la felicidad en ese momento para mí, estar conforme y entusiasmada. Al probar el escobillón, de lo suave que era, parecía casi una enceradora. Y la palita... ¡era fabulosa! Se adaptaba prolijamente a la inclinación del piso, y la mugre ascendía casi sola atraída por la belleza de la pala. Limpié la silla y la cubrí con la toalla "¡Qué emoción! Mi primera cama". Pensé por tercera vez en Marinera: "En este momento debe estar reencontrándose con su marido y sus niños"; y por segunda en Flor, y me dije "¿para qué las quiero si ahora estoy en el paraíso?", y seguí limpiando. En la pared había una rajita que al limpiarla

con un cuchillo se fue agrandando hasta formar una ventana. ¿Sabrían las santas que allí había una ventana? Intenté abrirla y no pude. Busqué en la celda algo para golpearla, parecido a una laja o una teja y, como no encontré nada parecido, tomé un tronco de la chimenea. La golpeé con fuerza. Tuve que pegarle diez veces para que la maldita se abriera. La abertura cedió ante mi persistencia y al momento comenzaron a entrar decenas de nubes con aroma a rosas, que me acariciaban humectando la piel. Nubes de crema gaseosa que flotaban por toda mi cara y mi casa y que, sin darme cuenta, me guiaban hacia afuera. "Dalia, Dalia... ven con nosotras que te haremos feliz para siempre y te convertiremos en una santa como ellas". Y yo inspirada por el cielo que se veía de un blanco tan luminoso, me dejé llevar. Volví a despegarme del piso y ya comenzaba a sentir las primeras vibraciones de la felicidad, cuando sentí que algo me sujetaba del zapato. Intenté sacármelo rápidamente, pero eso ya me sujetaba el pie. La desgracia, o la fortuna, aún no sé, me hizo caer al piso y no pude ir con ellas. Las ventanas se cerraron por orden de una voz... "Cerradse", y todo desapareció, hasta la raja que yo había limpiado esmeradamente. Sólo quedó una pequeña nube envolviendo a mi nombre, que no dejaba de moverse. "Deja a mi nombre tranquilo", le ordené impostando mi voz. Pero no me

hizo caso. Avancé hacia ella para ver si palmeándola se disolvía pero era demasiado dura, así que tuve que volver a recurrir al tronco, y dándole fuerte la derribé. Al derribarla, también tiré abajo mi nombre que quedó irreconocible contra el piso. "Bueno— me dije— ya que no tengo nombre y estoy tan lejos, ¿qué nombre me puedo poner?" Recordé que de bebé mi mamá me quería poner Graciela, entonces que me puse Grace para pasar desapercibida en Europa, que es Graciela en inglés. Como no me gustó nada mi nuevo nombre, decidí rearmar lo que quedaba de él y me puse Lia, que tampoco me gustó.

La cena y el capullo

Entonces la mesa estaba servida... tres tartas fabulosas en el medio de una lona blanca que medía dos metros por dos, tirada como ocasional sobre el piso de cemento patinado por el tiempo. Alrededor de ese banquete tan austero estaban sentaditas sobre seis almohadones las seis santas, con sus seis caras tapadas con trapos que hacían juego con el mantel. Yo me acerqué y les pregunté cuál era mi lugar y una de ellas me dijo "ése", señalando el almohadón que quedaba. Junto a éste estaba el trapo que me corres-

pondía y me lo puse sin chistar ni preguntar para qué servía, atándomelo alrededor de la cabeza con un moño doble. La que estaba sentada del lado izquierdo a la que me dijo lo del almohadón, elevó a la Madre una oración en eslovaco que, a pesar de que no la entendí, la imité fonéticamente en voz baja siguiendo sus gestos, alzando como ellas los ojos al techo, y al final de la oración me nació repetir junto a sus voces, la última palabra del rezo "Amooooouuuuur". Luego, todas a la vez, comenzaron a cortar las tartas y a servírselas. Como ninguna me ofrecía, y no quería pasar por tímida, yo también fui hacia las tartas. Cada una tenía un cartel que decía de qué era, así que era muy fácil elegir el gusto. ¡Estaban riquísimas! Probé de las tres. Una era de brócoli, otra de espinaca y la otra de zanahoria rallada bien finita. Una con queso, la otra con crema y la de zanahoria con huevo. Lo más loco era que no usaban fuentes para apoyarlas, sino gigantes hojas de magnolia.

—¡Qué grandes deber ser los árboles de magnolia para tener estas hojotas!

—Es una especie de magnolia que se parece más a una enredadera que a un árbol.

—...y qué increíble que no le quede impregnado el gusto de la hoja a los alimentos...

Mientras comíamos a través de las cortinas, levantándolas y llevándonos pedacitos de tarta con el tenedor a la boca, me contaron

que lo de los trapos lo hacían por diversión y que era una forma también de no usar servilleta. De repente sentí una emoción que me hizo sonreír de una manera en que no lo había hecho nunca. El paño se comenzó a iluminar a la altura de mi boca. Era mi sonrisa lo que irradiaba esa luz. Ellas también sonreían igual. Claro... yo estaba sentada entre las santas más importantes, las más inteligentes, valientes, perseverantes, alegres, especiales, buenas, firmes, tiernas, comprensivas, esbeltas, graciosas, estudiosas, aguerridas y antiguas. Todas juntas se tomaron de las manos (a mí también me las dieron) y permanecemos por unos minutos en silencio a la luz de nuestras sonrisas. "Mi nombre es Clara, voy a poner música", me dijo la que parecía ser más baja y delgadita. Fue y puso un disco de Juan Sebastián Bach. "Ésta es mi pieza preferida" y se puso a bailar para todas, girando lentamente sobre un pie y sobre el otro, dando brazadas elegantes en el aire. Elongándose como queriendo volar... y de tan bien que lo hacía casi lo logra.

—Hoy es luna llena.

—...y debemos renovar el pacto.

—¿Qué pacto? —pregunté yo.

—Un pacto secreto, que escondemos detrás de las paredes del edificio. Es muy secreto, nadie lo puede saber porque si la revelación cae en manos de algún ser despiadado puede

4⁺

destruir todo el planeta. Pero como hoy estás vos, vas a tener que participar y tendrás que vivir con la carga de guardar un secreto. Aparte, quedarás para siempre ligada a nosotros...

—Sí. Yo acepto todo con gusto... y prometo no contar nada a nadie. ¡Lo juro!

—Bueno... vamos a ver...

¡Qué raras eran las santas! ¿Qué misterio sería ese del que hablaban con tanto reparo? Sentí un poco de temor. Éstas no parecían ser seres tan simples como yo creía y un poco me asustaban. Por suerte detrás de Clarita había un espejo biselado en el que todas nos veíamos reflejadas, así que seguramente estábamos vivas. "Menos mal", suspiré y al momento me relajé quedándome dormida (a mí que tanto me cuesta).

En el comienzo del sueño pensé muchas cosas y lloré mucho. Sufrí, sufrí tanto que los ojos, así cerrados como los tenía, comenzaron a hincharse sin límite alguno. Creí que mis párpados no iban a tolerar tanta presión, pero en cambio se convirtieron en una pantalla tridimensional de gran nitidez. En el medio de esa hinchazón comenzó mi pesadilla...

Vi un lago que cruzaba mi mente, a una velocidad horrible y yo me ahogaba en éste a medida que pasaba. Lo más feo era que en el lago había bellos cisnes, como hombres con alas que comían peces con el pico. A

ellos se los veía tranquilos, dejando bellas estelas en el agua. Yo intentaba cogerlos con mi única mano. Pero ellos pasaban calmos a la tremenda velocidad del lago. Luego del agua y de los hombres cisne, pasaron montañas con águilas que volaban hacia atrás sin hacer esfuerzo, y todo era tan lindo, tan calmo, tan pacífico, tan beato y tan veloz a la vez. De repente, como un chispazo, se me ocurrió que yo era la que debía moverme y montarme al paisaje, entonces comencé a correr pero los pies iban mucho más despacio que mi corazón. Intenté agarrarme con la mano de algún palo o algo parecido que sobresaliera, para subirme al tiempo del paisaje y sólo logré abrazar contra mi pecho a un junco que crecía a la vera de una ruta. Éste, de tan tierno y tan flexible que era, se estiraba y se estiraba sin límites, y yo quedaba pendulando en el medio de la nada más tenebrosa y oscura. Luego soñé con mi papá y mi hermanito menor. Que veíamos volar un hermoso cóndor y que yo tenía miedo y mi papá me decía: "No tengas miedo que los cóndores sólo comen animales pequeñitos", y el cóndor cada vez volaba más bajo y cerca de nuestro Jeep y de repente con sus garras que proyectaban sombras gigantes sobre nosotros, nos ajaba el cuerpo como si fuéramos muñecos de trapo. Pero no, todos

4⁺

se morían desangrados menos yo, que aunque estaba toda rota no tenía sangre.

—Dalia, Dalia, ¿quieres comer el postre?

—Dalia, despierta...

—Me parece que está terminando una pesadilla... ya se va a despertar sola. La última pesadilla que tuve esa noche, fue casi la peor de mi vida. Soñé que me había enamorado de un hombre piano. Un hombre cuyos dientes eran el teclado de un piano de metales costosísimos. De oro eran las negras y de plata las blancas. Su sonrisa era el cielo que me enamoraba y él solía tocarme bellas piezas mientras yo descansaba en una cama. Todo sucedía en un living con piso de madera con desniveles. Su cara parecía un mueble de madera laqueada y era sólo a través de su boca que se podía ver el living. Yo lo amaba, sentía que de verdad lo amaba, pero me daban mucha impresión sus besos, porque hacían mucho ruido. Y yo me indignaba conmigo misma porque la música que tocaban sus besos no me gustaba, y él se ponía tan triste, que se metía en una vidriera de cristal, donde mordiendo se moría. Yo intentaba también matarme con sus dientes porque me enloquecía de tanta culpa. Me desperté desolada, con todo el trapo mojado y manchado de lágrimas. Sin hambre y sin alegría. Ellas intentaron reanimarme y consolarme diciéndome que todo no había

sido más que un mal sueño. Me explicaban con mucha bondad que ellas me habían visto dormir sentada en el almohadón. Repetían en canon: "No te has movido de aquí ni un poquito" y "disculpá que no te hayamos despertado, pero temíamos que al hacerlo te quedaras con un shock".

Habían traído al mantel tres docenas o más de bananas mininas y un frasco con dulce de leche artesanal que una de las hermanas había aprendido a preparar en la Argentina. Yo sentía que tenía los ojos hechos puré de tanto llorar. Rosa me las ofrecía, para abrirme el apetito, en forma de estrella de mar sobre un plato de porcelana rosada, mientras las demás no paraban de llevarse a la boca cachos enteros de banana con la mano, embadurnados directamente en el tarro con anterioridad. "¡Qué chanchada!... Comé, comé Dalia... mirá que se acaban y están riquísimas", me decían con la boca llena de alegres risas y ensuciándose toda la cortina. A mí no se me movía un pelo del estómago pero, como sólo quedaban las dos últimas que formaban la estrella de mar y no sabía cuándo me iban a volver a dar de comer, hice un esfuerzo y cogí una de las dos directamente con la boca para ganar tiempo, porque la otra estaba siendo arrebatada del plato por la sedosa mano de Teresa. Sinceramente ellas como siempre tenían razón. La verdad es que valió la pena

el esfuerzo porque estaban muy ricas. Después de Bach me preguntaron qué quería escuchar y yo les dije que deseaba de los Pet Shop Boys los temas "Go west", "I don't know what you want but I can't give it any more", "You only tell me that you love me when you are drunk", "Vampires", "New York City Boy" y de Andreas Doreau "Girls in love". Enseguida los pusieron a todo volumen y Rosa propuso que nos metiésemos en parejas dentro de los capullos de algodón del balcón. A todas les pareció bárbaro y decidieron armar las parejas tirando una moneda al aire. A mí me tocó con la más grandota. Juana era rubia y tenía los ojos color ámbar. Como les conté, tenía el pelo bastante corto y lacio y usaba debajo de la túnica pantalones de lino gris. El capullo por dentro era más amplio y confortable de lo que parecía por fuera. Luego de cerrar la puerta comenzamos a charlar.

—¿Cuánto medís? —le pregunté

—Un metro setenta y ocho.

—A la flauta... — le dije yo con asombro y ella se rió como loca de la expresión tan antigua que había utilizado. —¿Querés que te cuente mis historias de pasión?

—Como quieras...

Yo le conté lo que había soñado hacía un rato en la mesa, y mi historia de encuentros y desencuentros con Marinera y Flor. Con congoja le comenté acerca de la pelea con mi

padre y la pérdida que tuve de mi nombre en la celda.

—No llores Dalia, creo que tenés que aprender a ser un poquito más fuerte. Yo me fui fortaleciendo mucho. Cuando pequeña era flaquita y llorona, pero hice un corte y poniéndole un límite no me dejé atormentar más por el llanto. Una cosa es llorar una o dos veces por alguien pero... me parece que lo tuyo, es otra cosa. Me parece que vos sos un poquito... — y haciéndome cosquillas siguió — ...mimosa.

—¡Sí! — contesté yo con firmeza porque me pareció distinguir en su voz ciertos sonidos de burla y desvalorización hacia mi llanto—. Yo soy mimosa. Siempre lo fui y siempre lo seré. Desde chica cuando jugaba a las muñecas y creo que hasta que sea viejita lo seré. ¿Está mal ser mimosa?

—No es cuestión de bien o mal —dijo ella un poco seria— lo malo es que seas una llorona.

—Ah...

Casi, después de esta frase tan fuerte, largo una lágrima, pero pude contenerme apre-

tando la pollera con los puños y los labios con los dientes.

—Tenés razón, voy a intentar no llorar nunca más.

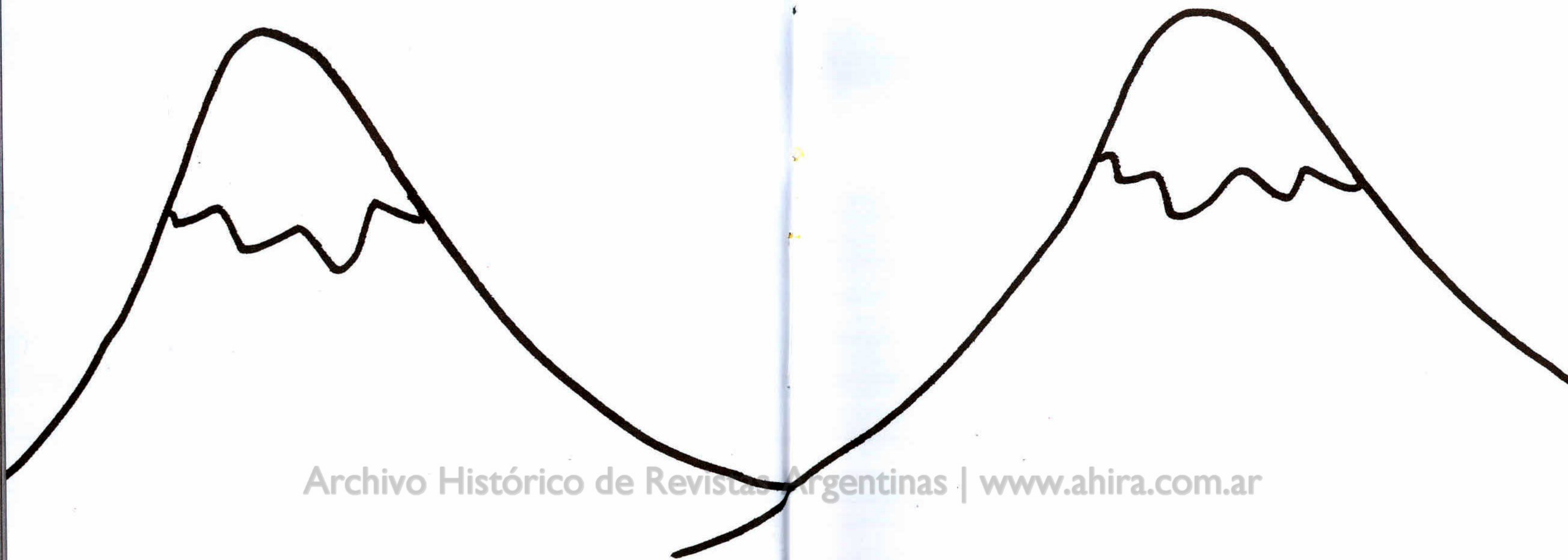
Fue movilizador comprometerme a no llorar, era casi como morir. Las lágrimas eran mis muñecas, y ellas eran parte del ejército que me protegía del dolor. Las que lograban obtener cosas por mí, cuando a mí no me quedaban más esperanzas. Mis aliadas inseparables y fieles. ¿Podía traicionarlas de esta manera? Pero la verdad es que ella tenía razón.

—Si no muero sola de tristeza por este compromiso, temo por mi vida, de que las lágrimas intenten ahogarme por dentro.

—Fantasía... mimosa y fantasiosa —me respondió sin mirarme a los ojos.

Nuestra pareja no funcionó. Ella era demasiado directa para mi gusto y yo era un tanto difusa para el suyo, así que decidimos interrumpir la sesión de capullo de seda y salir a tomar un poco de aire. Al salir ya estaban todas afuera esperándonos con sus caras cubiertas por máscaras africanas.

Continuará...



EL ALMANAQUE VERMOT

Saly es la niña que junta almejas en la playa. El niño que juega con ella se llama Damián Repetilov. Usan un balde de plástico para guardar las almejas que sacan. No las meten de golpe sino que las sumergen suavemente en el agua del balde. ¡Es el agua salada del mar! El sol salió sobre la playa desde el mediodía. En interrupciones de viento calentó más veces de las que por esconderse estuvo frío. Una nube de pronto lo tapó y la franja de oscuridad cubrió la zona donde jugaban, desde el borde de arena hasta la primera línea de carpas. Saly le dijo a Damián que una almeja le había mostrado la lengua. Saly le dijo que la lengua de la almeja no sabía malas palabras. Y le preguntó él qué malas palabras sabía. Saly le dijo a Damián que sabía decir culo. Repitió, con la carita feliz, ¡culo, culo! Saly le dijo a Damián si le parecía mal que ella repitiera eso. Y que de ser así no lo volvería a hacer si él quería. He aquí la historia que venía contando Sara esa mañana. La chica del Bugy manejaba subiendo y bajando la panza de los médanos mientras el faro daba vueltas alrededor de la playa. Es un lugar triste, dijo Sara. Triste y sin embargo me imagino que más perfecto para mí. Oh, no lamento nada de esto, Kareem. No, me equivocaba, como siempre me equivocaba. Pero no lo lamento. Sería estúpido estar pálida y deprimida por esto, ¿no crees, Kareem? Las cosas se hacen y luego se deshacen y luego estamos preparados para hacerlas de nuevo. Mira, una flor. ¿Qué es? Oh, no Kareem, esto es muy deprimente. El Bugy avanzaba dando tumbos sobre los pozos de la arena. Las abejas zumbaban inexorablemente a lo largo del sendero. El sol se desplomaba sobre los listones de la fachada con una calma incesante, casi urgente. ¿Qué ocurría? ¡Ah! Para empezar la puerta estaba abierta. Álvaro golpeó con las manos. Era un hombre de unos treinta años, rechoncho, de cara redonda, y tra-

bajaba para la familia Vermot hacía dos temporadas. Recorría las casas ofreciendo la edición actualizada del almanaque Vermot y por las tardes atendía un puesto instalado en un balneario. Era bastante popular allí, todos lo conocían como el Tío Álvaro. Cuando los niños lo veían llegar, le tironeaban de la ropa y se sentaban alegremente frente al puesto del almanaque. La canción de la niñera de los Sweeney es una de mis preferidas. ¡Cuéntanos otra vez la historia del oso de los Osborn! El señor Osborn estuvo pegando a la señora Osborn. Es una historia más bien triste. ¡Vamos, Tío Alvaro, cuéntanos una historia triste! Pues bien, el periódico está siempre de buen humor, dijo el señor Osborn a su esposa. Los mochileros saltaron un alambrado y se internaron en un campo de trigo abandonado. Después cruzaron un arroyo, en el lugar donde había un puente con cascotes. Alquiló cañas. Carnada para lombrices. Esto lo decía un cartel. Los mochileros se empezaron a correr unos a otros y cuando se alcanzaron, se hicieron tomas y rodaron alegremente sobre el pasto. Lisa le preguntó a Damián qué era más grande, un pulpo o un tiburón. Lisa le dijo si había una pelea cuál de los ganaría. ¡Tonto, tonto!, le dijo Lisa, no puede ser un tiburón. Jimmy veía la boca de Ruth formando palabras. Mi cabeza hace brrr todo el tiempo. ¿Sigues pensando en llamarla Ellen?, le pregunté. El hombre calvo miró hacia el extremo de la mesa, la enfermera acababa de terminar una sonrisa. Por un momento pareció que buscaba elementos para articular una respuesta, pero hizo un gesto impreciso y desvió la vista. En la sala se acumulaban el humo del cigarrillo y los lamentos de los heridos de la explosión. El hombre calvo se secó el sudor de la frente. La hija del doctor Álvarez debe tener un lindo nombre, dijo la enfermera. Vio pasar otra camilla hacia el final del pasillo. El hombre calvo la miró. Uno muy lindo, volvió a

1 2 3 4 5 6 7

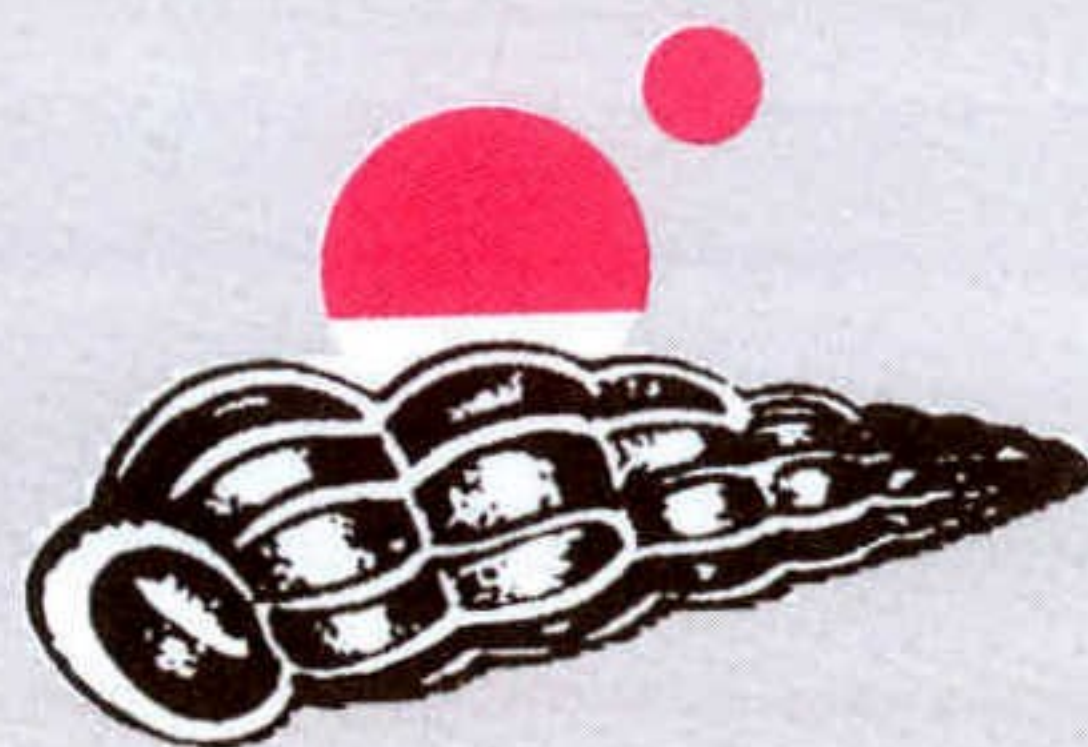
8 9 10 11 12 13

14 15 16 17 18 19

20 21 22 23 24
25 26 27 28 29 30
31

decir ella. Frente al puesto del almanaque Vermot se congregaban grandes y chicos. El Tío Alvaro interpretaba un número familiar, en el que el oso de los Osborn era la principal atracción. ¡Suelta a ese maldito oso! ¡Vamos, Tío Alvaro, enséñanos a ese oso de porquería! Sara y la chica del Bugy doblaron hacia la parte más asentada de la costa. El agua a veces alcanzaba las ruedas del vehículo y lo que era un poco de mar se abría en montones de gotas sueltas. ¿Verdad, Kareem, qué tengo razón? Oh, dime si me equivoco, dijo Sara. Es tan triste, Kareem. Una se hace a la ilusión y de golpe ¡zaz! Te quedas como al principio. El Bugy hizo una rauda maniobra para no impactar con un lobo de mar que salía corriendo desde el agua. ¡Ay, qué hermoso es!, gritó Sara. Los mochileros bordearon el perímetro alambrado de una chacra mientras jugaban a ver quién escupía más lejos. De pronto uno de ellos divisó un poste a lo lejos y dijo que el último en llegar era una gallina. Salieron corrien-

do, mientras se escuchaban los ruidos del ave a lo largo del camino. ¡El hombre calvo se secó el sudor de la frente. Nuevos heridos ingresaban al hospital y eran transportados en camilla por el pasillo. La enfermera le ofreció un vaso de agua. El hombre calvo lo vació de un trago al tiempo que buscaba con impaciencia los ojos de la enfermera. Saly le dijo que en el mar no había hormigas. ¡Qué suerte que en el mar no hay hormigas! Saly le explicó que las hormigas tienen un lenguaje. Que ese lenguaje no se podía escuchar. Que por ejemplo con una tiza no se podían repetir las palabras de las hormigas. Que su papá una vez le había escrito el nombre con ese lenguaje, así: Lisa Repetilov. Y deletreó: Lisa. Hubo una algarabía general cuando el oso de los Osborn salió en short de baño al balcón de la casa. La señora Osborn sorbía tranquilamente una taza de té. Eres un perfecto idiota, querido. El periódico nunca se indigesta. El periódico jamás dice tonterías ni se encrema la cara. El



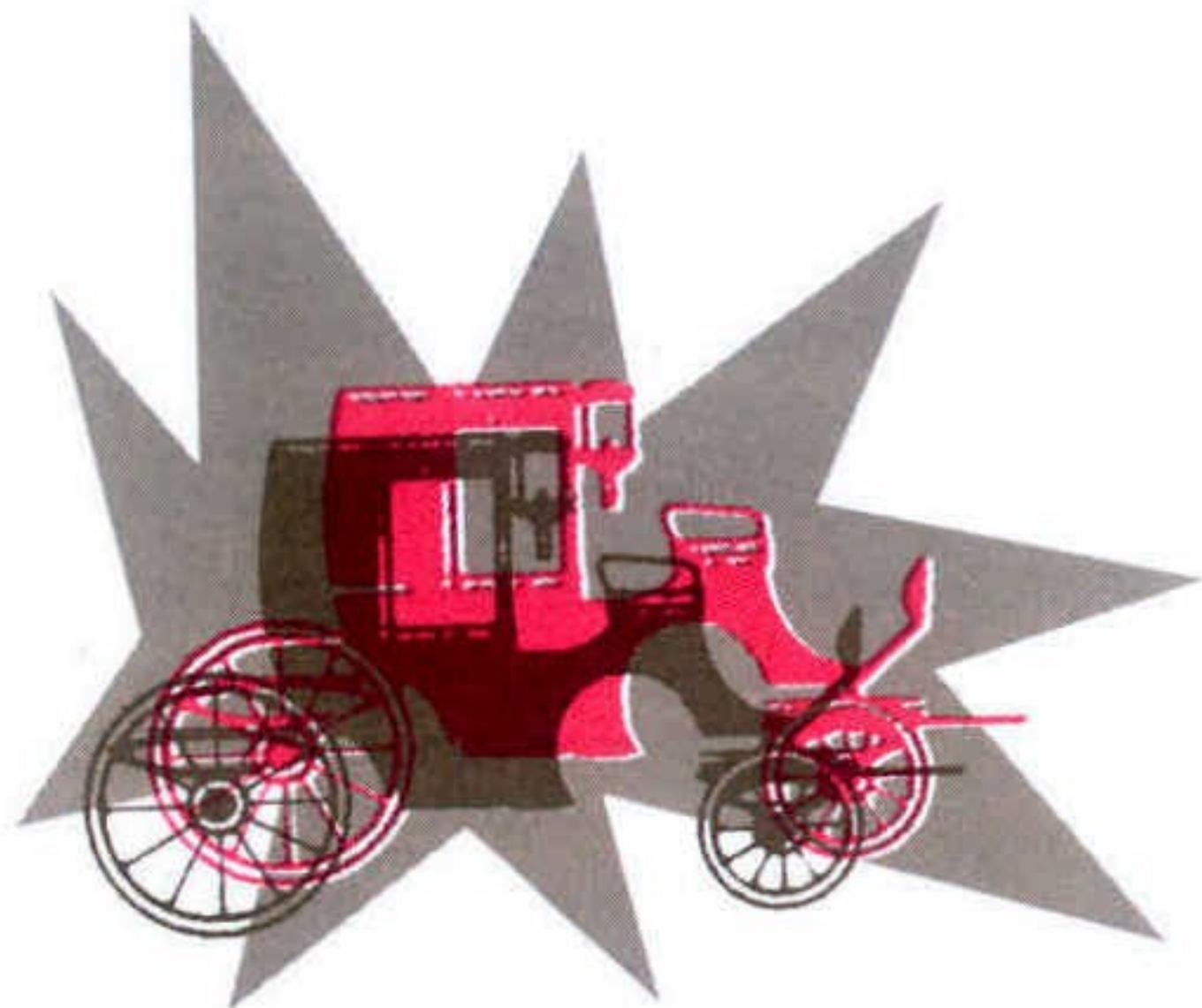
oso empezó a comer las flores del cantero y después le dio un mordisco al sillón y a la manguera. Los mochileros corrían entre los árboles de un bosque haciendo los ruidos del motor de los autos. El Bugy dobló por una pendiente, trastabillando, y enderezó hacia la parte libre en donde empezaban los balnearios. ¡Karem, te estás burlando de mí! Quizá tengas razón, dijo la enfermera. Quizá no sea el nombre adecuado para una niña. Por otro lado, de alguna manera hay que llamarla. Por detrás pasó un grupo de médicos, seguidos por el jefe de bomberos y dos monjas. El hombre calvo observó a la enfermera como si pensara en ello. El oso se limpió la boca con las cortinas del living. Luego soltó un gran eructo al que el señor Osborn aprobó con una risotada. ¡Ése es mi muchacho!, exclamó. La señora Osborn miró con furia a su marido. Cuando el niño crezca lo enviaremos a Berkeley. No, a Oxford. ¡A Berkeley! ¡A Oxford! ¡Karem, por Dios! La chica del Bugy disminuyó la velocidad y pasó frente a un grupo de niños que jugaban en la playa. Los mochileros armaron escopetas con troncos de árbol. Por aquí, teniente, síganme. Entraron los bomberos transportando el cuerpo calcinado de una mujer. Es una niña le dijo la enfermera al hombre calvo. Le faltan las orejas y la barriga. Saly le dijo que en dónde tenía el cangrejo el ombligo y si le parecía apropiado que lo pusiera en el culo. Saly le dijo a Damián que el cangrejo le daba miedo pero que al oso no, a él no le tengo miedo, dijo Saly. Encendió un habano y lo empezó a fumar delante de sus padres. El señor Osborn le ofreció un vaso de whisky. ¡Fondo blanco, fondo blanco!, clamaba el auditorio. El oso inhaló el humo del cigarro y después vació el contenido del vaso de un solo trago. Aplaudieron y silbaron. Se oían los lamentos

Saly le dijo a Damián que eso había estado muy bien. La enfermera parecía cansada. El hombre calvo dudó un momento y la miró. Decídetes. Los mochileros entraron a una casa lujosa con vista a la playa. Empezaron a sacar comida de los anaqueles y pusieron un disco a todo volumen. Sara y la chica del Bugy frenaron frente al puesto del almanaque. El oso medio borracho trataba de seguir la melodía que surgía del living hacia el balcón de la casa. ¿Por qué diablos me casé contigo?, preguntó la señora Osborn. El hombre calvo, finalmente, pareció convencido. Los mochileros se pusieron los shorts de baño y se dirigieron hacia el balcón. La llamaremos Lisa, dijo la enfermera. El hombre calvo no se movió. ¿Verdad que esto es divertido?, dijo Sara. Los mochileros saludaron ceremoniosamente a la señora Osborn. El oso trastabilló con una reposera y casi cae al piso. Saly le dijo a Damián que ella quería hacer lo mismo. El señor Osborn les dio palmadas en los hombros y ofreció habanos. ¡Vamos, Tío Alvaro, haz que esta mierda vuele por los aires! Es una historia más bien triste, dijo el Tío Alvaro. El señor Osborn estuvo golpeando a la señora Osborn. Eres el tonto más grande que he conocido, concluyó la enfermera. ¡Oh, Karem, qué triste es todo esto!

el resorte de novia

Cuenta Esopo que una zorra fue a la casa de una culebra. Y estando la culebra en el umbral, ésta la recibió con fingida inocencia. Oh, dijo la culebra. ¿Será posible que la zorra a quien tanto temo se aproxime a mi hogar? Descuida, culebra, respondió la zorra. No es a hacer daño que he venido a tu casa, sino a invitarte al baile que esta noche da el león en el gran palacio. ¿El león da un baile esta noche? Sí, sí, sí. El león hace una fiesta y como yo no tengo pareja, pensé que, bueno, tú me podrías acompañar. Será un maravilloso baile de disfraces. Van el burro, la codorniz, el orangután, la enorme ballena, el caracol con su casita a cuestas... en fin, van todos. Oh, oh, oh, exclamó la culebra, podría ir disfrazada de manguera. Lo siento, culebra, pero de manguera ya va el elefante. ¡Ese guacho! ¡Y en dónde meterá el culo de borracho que tiene! Anda, culebra, dijo la zorra. Ya sabés que al elefante nadie le lleva el apunte y si quiere hacer el ridículo yendo de manguera, allá él. Nosotras pensemos en un traje que deje a todos con la boca abierta, en el disfraz más hermoso de toda la noche. ¿En uno para nosotras dos, decís? ¿En uno solito para vos y yo? ¡Pero nos vamos a cagar de calor...!, dijo la culebra. No si hacemos como yo pensé. Mirá, agarramos un alambre todo enroscado alrededor de tu cuerpo, el mío pegado al tuyo dejando que la cola arrastre suavemente sobre el piso y así entramos a la fiesta disfrazadas de resorte de novia. Qué hermosa idea, querida zorra. Ya me imagino la cara de la cebra cuando nos vea entrar. ¡A ja ja ja ja! ¡A ja ja!, se reían las dos. A lo lejos, el palacio del león era como un diamante encendido en plena noche. Los más raros carruajes se detenían en la escalinata de acceso y los animales hacían la entra-

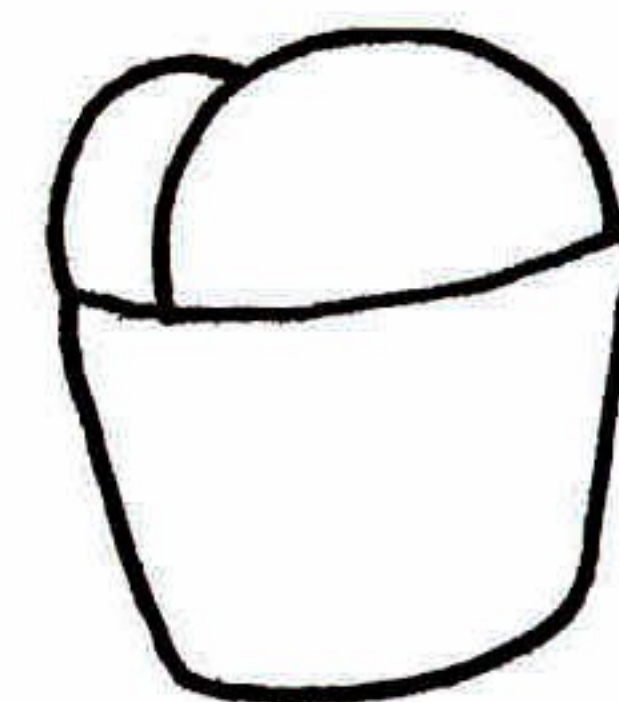
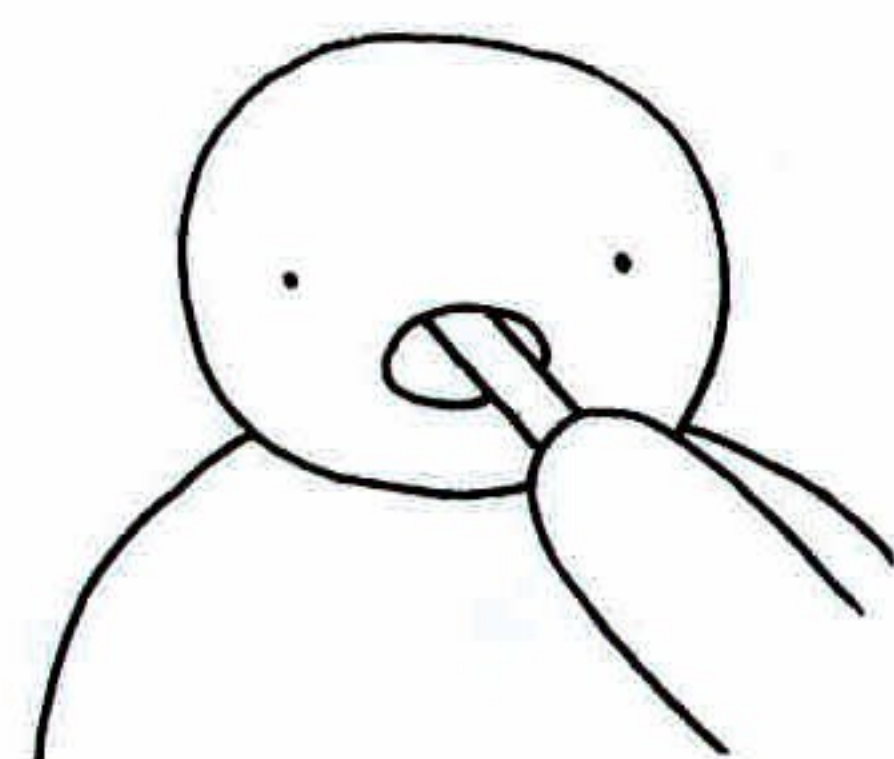
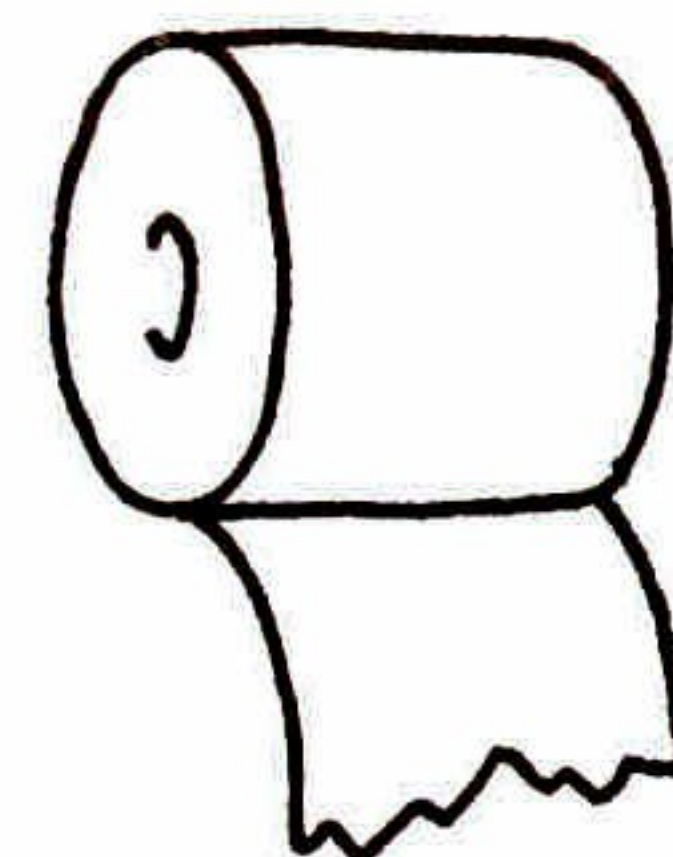
da solemne ante el abucheo emocionado de sus pares. El león presidía la velada desde un estrado ubicado en medio de la sala. A un costado, sobre un escalón más bajo, había cuatro metros de canguros boxeadores que interceptaban un fleje mixto de anguilas salvajes. Los invitados departían alegremente en la sala, el león saludaba cada tanto cuando reconocía a un amigo. ¡Pero che, qué gusto verte!, le decía. Andá, dale, divertite. A los animales les gustaba saberse amigos del león y nunca faltaba alguno que contara historias apócrifas de la escuela primaria o la facultad. Yo, con el león, si habré hecho macanas cuando era pibe. Y luego recordaban esas aventuras tan trilladas que leían en las revistas o copiaban ingenuamente de los seres humanos. ¡Hermosa noche que daba alegría a los animales! En eso estaban, bailando y como olvidados de sí, cuando vieron entrar a la zorra y la culebra con su imponente disfraz. Oh, ah, uh, exclamaban. ¡Qué bonito disfraz, el más hermoso de toda la fiesta! La zorra y la culebra estaban chochas de la vida. Ya somos la envidia de todos, decía la culebra. Vamos, vamos a que nos vea la cebra. Y así, rebotando como corresponde a todo resorte nupcial, anduvieron por la sala. El león no les sacaba los ojos de encima. Había descendido del estrado con una pequeña escolta de cangrejos y buscaba la oportunidad de entablar conversación. La zorra se dio cuenta y se lo dijo a la culebra: me parece que el león nos echó el ojo. Hacete la boluda, vení, vamos a charlar con las avispa. Un rayo de luna entró por la ventana del altillo indicando al disc-jockey que era el momento de poner un vals. Los animales se organizaron en forma axial a partir de un eje no dibujado, es decir, un eje que reflejaba por convención a ambos se-



xos a cada lado de la raya. El tema comenzó a sonar. Los animales daban hermosas vueltas que liberaban la plasticidad de los trajes y demarcaban en ingenuos remolinos el espacio de las parejas. El león, como buen rey, bailó con casi todas las chicas. Pero un solapado objetivo guiaba sus movimientos: quería acercarse disimuladamente y como de casualidad al hermoso resorte para pedirle una pieza. A la culebra le gustaba hacer sufrir al león. Cada vez que éste se acercaba con los cangrejos, la culebra le decía a la zorra: vamos para allá. Así fue que bailaron con la hiena, el rinoceronte, la nutria embarazada, la tortuga disfrazada de moto y el bello cocodrilo en su traje de Batman. Qué grandote es, le decía la culebra a la zorra. Éste sí que me encanta. A mí también me gusta mucho el cocodrilo, contestaba la zorra, mientras saltaban en forma frenética y se guardaban del león. Dieron las doce de la noche, la hora de los lentos había llegado. El león empujaba a todos y salvajemente tomó al resorte del talle y lo apretó contra su cuerpo. La culebra y la zorra no salían de su asombro y contestaban al balbuceo del león con risitas nerviosas. El

perfume del resorte al león lo embriagaba. Quiso sacarle un beso a la fuerza, pero la culebra escondió su pico entre la cola de la zorra. Así el pobre resorte se retorció entre las garras del león, mientras los animalitos hacían palmas y se mataban de risa. Entre la piel del enorme animal un grito aplastado luchaba por salir y hacer oír su veredicto en toda la sala. ¡Déjalo!, de golpe se escuchó y el baile quedó petrificado y atravesado como por frío hielo. Era Batman, el cocodrilo. El resorte se viene conmigo, dijo. No, conmigo, contestó el león. Conmigo, dijo Batman. Conmigo conmigo, contestó el león enfurecido que rugió atrocemente. Se hizo un cerco alrededor de los dos pretendientes y quedaron enfrentados para darse pelea. La pelea del siglo, le dijo la culebra a la zorra. Ojalá que gane el mejor. Sí, sí, eso va a ser lo mejor. ¡Qué gane el mejor!, exclamó el resorte de novia y los dos animales se abalanzaron para resolver la cuestión. De este modo, quienes se abandonan a los dictados de la pasión, a menudo reciben moretones y no besos, porque así de frágil es la noche en que se anudan los enamorados.







COSA DE NEGROS

por WASHINGTON CUCURTO
(pedazo de novela)

YA no se oía la música de Hippie Rabioso que salía del comedor de la casona. El silencio se había apoderado de las seis hectáreas que rodeaban la casaquinta. De las anchas escaleras de mármol del hall, venía bajando el chofer profesional de la Familia Frascito, Henry Rivera Inclínada, de origen panameño o algo de eso. Ejecutaba movimientos gestuales con su cara y de salsa con las piernas. Detrás, acomodándose la pollera, venía saltando Doricel, la mulata pelirroja. En el jardín, Cucurto trataba de incorporarse gateando hacia una canilla de jardín tapada por unas plantas enredaderas. La abrió y brotó un chorro de agua helada. Puso la cabeza debajo de la canilla. La bailarina adolescente lo seguía hasta la muerte, dándole mordisquitos en los tobillos. Cucurto la acercó hacia él rodeándola por la cintura con su brazo. Arrastró su cuerpo hasta apoyarlo en el tronco de un jacarandá que siempre había permanecido ahí, casi impune, redescubierto ahora con una maledicencia mágica, como del otro mundo... Le corrió el pelo mojado que se le pegaba a la cara y la miró a

los ojos. Le dijo algo indescriptible, un par de palabras tal vez, un balbuceo que el viento se encargó de llevar rápidamente. Arielina lagrimeó. El cielo permaneció inmóvil, sin parpadear siquiera. Los ojos celestes de Arielina, abajo del agua, parecían dos turquesas marinas recién descubiertas al fondo de un arroyo. Ese preciso momento, el único instante que Dios dejó librado para el capricho y el antojo de las almas jóvenes, el instante supremo cuando su corazón pasaba de un latido a otro, caudalosamente, ese momento transcendental y ultraterrestre en el cual la sangre ha perjurado un ávido aleteo. Un olor a borgoña del centro de la tierra, un ruido a reto de luciérnagas mangadas de vaya a saber qué galaxias, un ruido a roce de rouge y de bigote, el silencio de las estrellas, la posesión inescrupulosa del colibrí sobre el rosál setembrino, amoroso, entre las flores de ahuyama verde y el único jacarandá se mezclaban abrazados en el gesto más hermoso de la tierra. Nada más quiero decir que él la besó. (Un beso pastizo tal vez, como el ala de los fantasmas, o la piel de las chiperas con

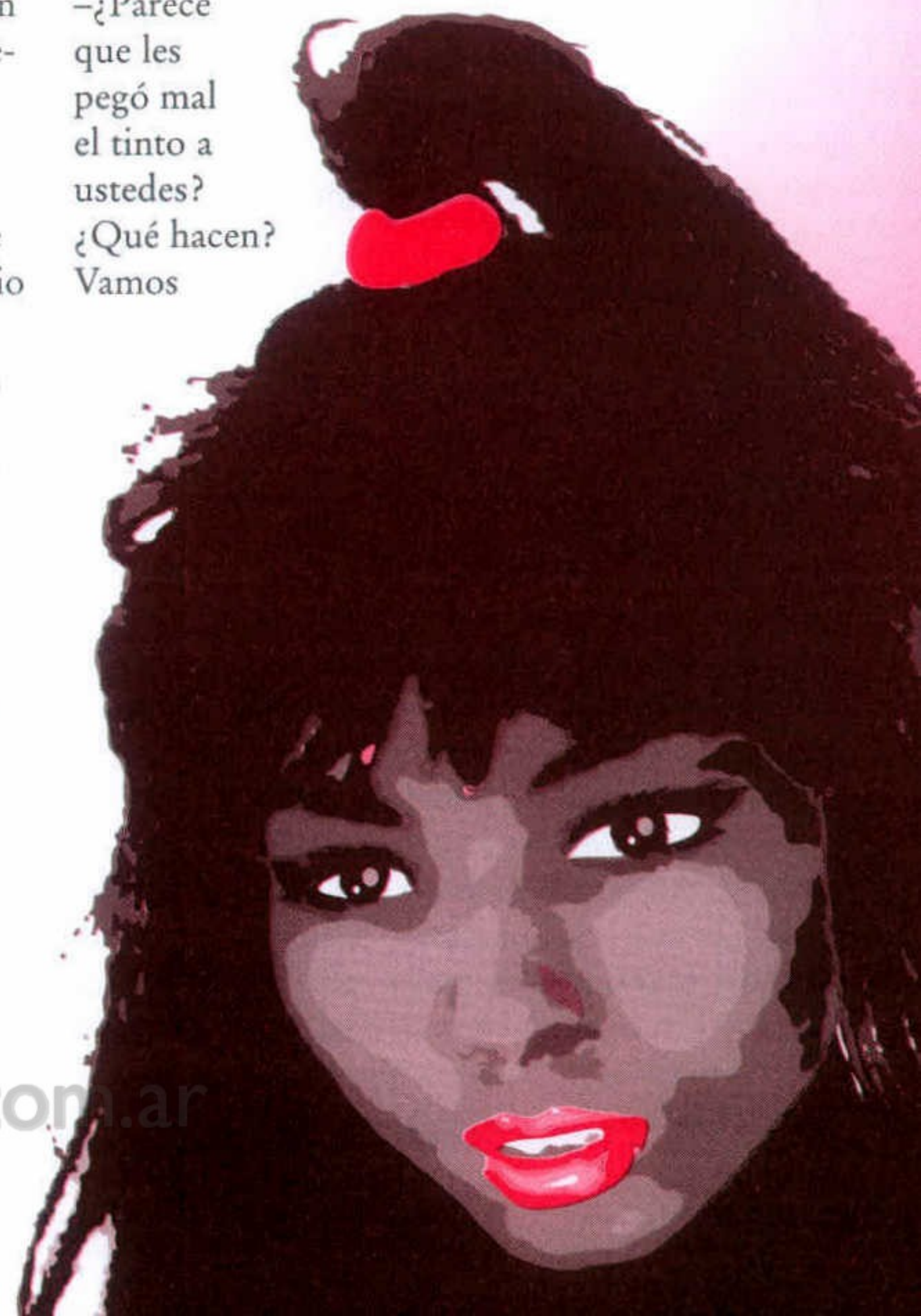
las cuales nunca debe hacerse el amor, ni de palabra, según vaticina El Yasiteré, en una siesta de resolana y alcohol, tirado a la vera de una calle de tierra roja, litoraleña, itacurubicense...). Wáshington sintió todo el peso de sus vísceras, un escalofrío espectral le corrió por la espalda, como una araña. Es el amor Cucurto que ha ingresado a tu vida con pitos y matracas, bombos y pancartas. En medio del beso dormitaron abrazados un cuarto de segundo, bajo el agua escandalosa, dicharachera.

Grandes ráfagas blancas y rojas anunciaban una tormenta. Comenzó a gotear. Ahí mismo se escuchó un fuerte aplauso venido del salón comedor. El gentío farandulesco estalló festejándole el beso. Estaban espiándolos, pendientes de lo que hicieran. Arrojaron champagne al aire, billetes de diez mil guaraníes. °°Un exagerado fuera de control soltó al aire tres bolsas de un polvo blanco. El salón se vio cubierto por una neblina tenue. Tosiendo, con una picazón generalizada en la garganta, los otros invitados salieron hacia el jardín y armaron una ronda alrededor de los enamorados. En ese lapso, los saltaron yendo para el micro los integrantes de Hippie Rabioso y las dominicanas con la boca llena de pastelitos. Mil Pilas se paró frente a ellos, acostó la guitarra en la rodilla, dio tres golpes de palma al oboe caoba del instrumento y soltó un par de acordes desafinados a modo de homenaje para los novios. Después, inflando la garganta gritó: ¡Que vivan los novios, mierda!...

El Obispo de San Isidro se abrió paso a los empujones, borracho y desnudo, tapándose con la sotana, repartiendo bendiciones con un cartón de vino.

—¡Denle paso a este pobre profeta, ovejas del señor!, logró hilvanar un par de palabras, persignándose al cielo y tocándoles la cabeza, ostentosamente volvió a conjugar: -Los declaro marido y mujer. En nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo. Amén. Pueden vestirse, alcanzó a decir el cura al fleje del bochinchero, la alegría se generalizó y corrió como una chispa en una mecha. Los alzaron en andas como si fueran en peregrinación por el jardín. Henry, el chofer (única persona cuerda en todo el recinto), al ver semejante alboroto con rondinela de jardincito y flor de pic-nic, dijo abriendo la ronda violentamente:

—¿Parece que les pegó mal el tinto a ustedes?
¿Qué hacen?
Vamos





a ir todos presos. Vayan para adentro, ¿qué se creen, que los vecinos no laburan? Dándose vuelta, mostrando una sonrisa perfecta, con absoluta y atinada caballerosidad, levantó las palmas y chamuyó a los vecinos que ya se asomaban por las ventanas y balcones.

—Disculpen, estamos filmando una película. Prometo entradas para todos. Hay que apoyar al cine argentino, ¿no les parece?

Después de aflojar el terreno miró de reojo a la frugal parejita de enamorados, sentados en el pasto, abrazados, soldados, colmando el límite de arrumacos. “¿Y ustedes qué hacen ahí, un stripse ecologista?”, les dijo. Sujetó a Cucurto de un brazo, lo ayudó a incorporarse, tuvo que tirar un poco, pues le costó separarlo de Arielina, que seguía sentada en el piso, desnuda como una Lola Mora postmoderna.

—Escuche amigo, dijo mientras caminaban por el sendero de pasto recién podado, bordeando la piscina, y sin sacarle la mano del hombro. “Usted también es dominicano como yo.

¿Okey? Usted es nuevito en esto, acepte mi consejo. Buenos Aires es muy tentadora, las guatas como deci-

mos en nuestro país se abren de piernas al rayo. No puede andar singando a medio mundo. Se va a chupar como un higo en un par de horas. Tiene suerte, ya se volteó una muy linda; ya, coño, no se encabrite con los bollos y las ñemas. Tranquilícese, Cucurto, no se deje llevar por las olas engañosas de la fama. Deje de lidiar con tantos yiros. Mírese un poco al espejo, mire cómo está. Ni una hora hace que llegó de Dominicana. ¿Cree que va a aguantar una hora más a este ritmo?” Y cambiando de tema: “¿Todavía no se bañó, verdad? Toca dentro de 35 minutos. No hay tiempo”, y lo revoleó del forro del cuello al medio de la pileta. Cucurto no terminaba de caer que el negro ya lo apuraba:

—Vamos, salga de una buena vez, ¿o piensa quedarse toda la noche?

Cucurto se apoya en el borde de la pileta y dando un salto cae al pasto. Se refriega los ojos como una foca despabilada.

—Tenemos que viajar hasta El Rincón del Litoral, en el barrio de Constitución. Alíñese, que el micro está en marcha. Están todos esperándonos.

NUNCA NUNCA QUISIERA IRME A CASA
otoño 2001

EDITAN

Gabriela Bejerman
Gary Pimiento

RUMBO DE DISEÑO

Alejandro Ros

DISEÑADORES INVITADOS

Silvia Canosa
Exequiel Klopman (págs. 60-63)
Leandro Salvati (págs. 50-55)

ESCRIBEN

Gabriela Bejerman
Sebastián Bianchi
Washington Cucurto
Selva Dipasquale
Daniel Gurovich Casa
Marina Gurovich Casa
Griselda García
María Paz Levinson
Laura Lobov
Analía Laura Norak
Cecilia Pavón
Dalia Rosetti
José Villa

ILUSTRAN

Nicolás Domínguez Nacif
Lola Goldstein
Luis Lindner

FOTOGRAFÍA

Alberto Goldenstein

IMPRIME

Aguafuerte

CORREO, INFORMES, EJEMPLARES

gabriela.bejerman@hotmail.com

Gabriela Bejerman tiene 27 años. Estudió Letras. Ha publicado "Alga" (Siesta, 1999) y varios poemas por Belleza y Felicidad.

Sebastián Bianchi vive en Castelar, donde nació en 1966. Es profesor de literatura. Publicó "Segunda interpretación al Médano de Arena" (Amadeo Mandarino, 1998), "Atlético para discernir funciones" (Del Dock, 1999), "El trazado Luro Matanza" (Deldiego, 2000) y en forma conjunta "Flora de selva negra" (E. Dunken, 1998).

Silvia Canosa tiene 25 años. Nació en Buenos Aires. Es diseñadora: de imagen-gráfica —junto al Sr Ros— y de sonidos —junto a The Champions, con quienes grabó "Tactilísima satelital". Vive en los medios de transporte y para en Mataderos, Temperley y Turdera. Tiene un cassette de Aeroblues.

Washington Cucurto nació dos veces: la primera en San Juan de La Maguana, pueblito costero al sur de Santo Domingo, en 1942 y la segunda en Quilmes, 1973. Ha publicado "Zelarayán" (Deldiego, 1998) y "La Máquina de hacer paraguayitos" (Siesta, 1999). Tiene una esposa paraguaya que se llama Suni. *anachuri@humberto.net.ar*

Nicolás Domínguez Nacif nació en San Juan, tiene 20 años y vive en Buenos Aires. Es artista plástico. Expuso en Belleza y Felicidad.

Selva Dipasquale nació en 1968 en Buenos Aires. Publicó "Teoría de la ubicación en el espacio" (Seis Sellos, 1994) y "Camaleón" (Tsé-Tsé, 1998). Trabaja como abogada y estudia Profesorado de Expresión y Lenguaje Corporal.

Griselda García vive en Ciudadela. Edita la hoja de poesía Solo Sal. Ha publicado "Todo es extraño a mis ojos", relatos, y "Alucinaciones en la alfalfa", poemas. Estudió Imagen y Sonido. También actúa, fotografía y realiza cortometrajes. *celdagris@hotmail.com*

Alberto Goldenstein es fotógrafo. Dirige la Fotogalería del Centro Cultural Ricardo Rojas.

Lola Goldstein nació en Buenos Aires en 1978. Dibuja, saca fotos, hace galletitas y animaciones. Le gusta tomar café en el patio de su amiga cuando hace frío. Tiene dos perros.

Daniel y Marina Gurovich Casa son hermanos. Tienen 9 y 12 años. Comenzaron narrando cuentos entre ellos antes de dormir y pasaron luego a la escritura.

Exequiel Klopman tiene 28 años. Vive en Buenos Aires. Diseñó NNQIAC del número 1 al 6. Es también dibujante. *exeklopman@ciudad.com.ar*

María Paz Levinson tiene 22 años. Vive en Bariloche y Buenos Aires. Trabaja pintando patos de madera y ha publicado "Ojos o Luces" (Deldiego). Estudia Letras.

Luis Lindner nació en Sudamérica. Estudió en el Pratt Institute y es dibujante. *lindnerluis@hotmail.com*

Laura Lobov tiene 23 años. Vive en Buenos Aires, donde estudia Letras. Algunos de sus poemas aparecen en zapatosrojos.com. Su mail: *jlob@ciudad.com.ar*
Analía Laura Norak tiene 25 años. Trabaja en una estación de servicio en Neuquén. Casi no conoce otros poetas ni tiene e-mail.

Cecilia Pavón tiene 28 años. Estudió Letras. Co-dirige Belleza y Felicidad. Pronto publicará su primer libro, "¿Existe el amor a los animales?" (Siesta).

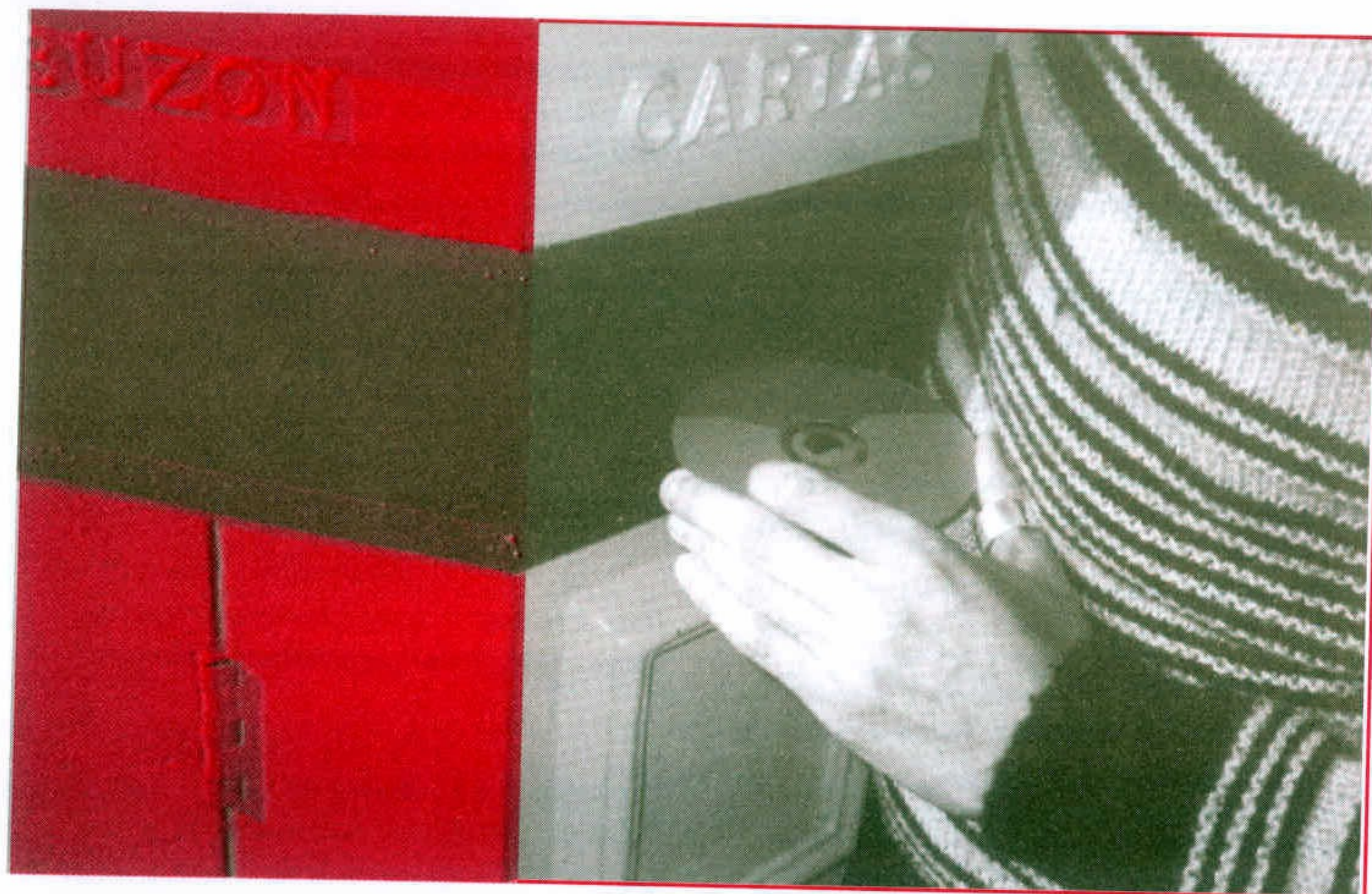
Gary Pimiento nació en Chile. Tiene 23 años. Produce Discos Discos y ediciones Larga. *dongarypimiento@hotmail.com*

Alejandro Ros tiene 36 años. Nació en Tucumán. Es diseñador de CDs, flyers de discotecas, Radar, Las/12 y Página/30. Es un Agencia de Viajes y bailarín.

Dalia Rosetti tiene 28 años. Publicó "Tatuada para siempre" y "Sueños y pesadillas" (I y II) por Belleza y Felicidad. Trabaja en un local de Musimundo. *daliarosetti@hotmail.com*

Leandro Salvati tiene 23 años. Vive en Adrogué. Es diseñador gráfico y docente de Tipografía II. *leandrosalvati@hotmail.com*

José Villa tiene 35 años, es de Martín Coronado, publicó "Cornucopia" en 1996 (Ediciones Trompa de Falopo) y "8 Poemas", 1998 (Deldiego).



discosdiscos@hotmail.com

dj romina cohn
dj nijensohn
djs pareja
dj jj
oh! poesía, música

\$6